

ENSAYOS



EL LUGAR DE LA UNIVERSIDAD EN LA VIDA MODERNA***Thorstein Veblen**Traducción de Enrique Hoyos Olier y
Gonzalo Cataño**NOTA INTRODUCTORIA**

La obra de Thorstein Veblen (1857-1929), un clásico de la economía y la sociología norteamericana de finales del siglo XIX y comienzos del XX, es poco conocida en los medios sociológicos latinoamericanos. Su nombre se afirmó en 1899 con la publicación de la brillante Teoría de la clase ociosa, su libro más importante donde ofreció una perspectiva sarcástica —irónica— de los problemas sociales y económicos de su tiempo, especialmente aquellos relacionados con los modos de vida de las clases altas. Allí acuñó la noción de consumo ostensible (conspicuous consumption), concepto que le sirvió para caracterizar los gastos dirigidos no a cubrir una necesidad vital sino las demandas de status de individuos y grupos que tiene su expresión más acabada en el “derroche”.

La traducción que ahora ofrecemos prolonga los temas y enfoques de la Teoría de la clase ociosa. En el capítulo final de este libro, “El saber superior como expresión de la cultura pecuniaria”, Veblen había apuntado que la universidad norteamericana estaba sufriendo un cambio caracterizado por el desplazamiento parcial de las humanidades por campos del conocimiento que favorecían la eficiencia productiva. Los intereses de la empresa moderna, de los gerentes y capitanes de industria, estaban incidiendo en el rumbo de los estudios superiores. Esta sugerencia de su primer libro, se convirtió algunos años después en el tema central de una obra de 200 páginas que llamó La enseñanza superior en América, cuyo borrador venía acompañado de un subtítulo nada afectuoso: “estudio sobre la depravación total”. Sin embargo, por sugerencia de sus amigos, a la hora de publicar el texto lo cambió por uno más convencional y discreto: “memorando sobre la conducción de las universidades por los hombres de negocios”. Como en la Teoría de la clase ociosa, aquí la ironía, la mordacidad y el sarcasmo surgían una y otra vez, y lo que originalmente había sido para Veblen un instrumento analítico, a los ojos de sus lectores se convertía en una palmaria denuncia de la orientación de la enseñanza universitaria.

En esta entrega de la Revista Colombiana de Educación publicamos el primer capítulo de La enseñanza superior en América. Allí Veblen planteó el marco de referencia de su estudio las relaciones de la universidad —una institución nacida en el período medioeval— con la sociedad moderna. Veblen caracterizaba la civilización moderna, la sociedad capitalista de su tiempo, como un mundo gobernado por la tecnología cuya expresión más acabada se encuentra en la actividad industrial y en su mecanismo organizativo: la empresa de negocios. De ellos se deriva un esquema de vida regido por el dinero, por la contabilidad

* Traducido de Thorstein Veblen, The Higher Learning in America: A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men (New York: B. W. Huebsch, 1918), cap. 1.

” Profesores de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional.

pecuniaria, donde las conductas impersonales, “desapasionadas”, han dejado de lado los rasgos individuales, particulares y únicos de sus moradores.

Estos procesos han tenido su “reverberación” en la esfera universitaria, en el mundo del saber superior, donde la búsqueda desinteresada del conocimiento —que Ve bien llamó *curiosidad ociosa*—, ha comenzado a perder terreno ante las presiones de lo útil y aplicado afines a las artes industriales. A diferencia del pasado, cuando la universidad y sus integrantes estaban dedicados al desarrollo del saber como objetivo prioritario, ahora ha comenzado a tomar fuerza una educación profesional —“utilitaria” y ocupacionalmente lucrativa— que tiende a soca bar el espíritu de la educación superior.

Pero la importancia de este capítulo no se reduce solamente a su original relación entre educación y modernidad. Aquí el lector encontrará además los rudimentos de una teoría de las instituciones y el punto de partida de una sociología del conocimiento. Ambos aspectos se hallan implícitos en su definición de institución como “hábito generalizado de pensamiento” estrategia analítica que le permite unir las voluntades individuales con la idea de estructura social, hecho que a su vez le abre las posibilidades para sugerir que los esquemas de pensamiento, y de conocimiento, son en su mayor parte una expresión de los esquemas de vida.

Las traducciones de Veblen al español son escasas. Hasta donde tenemos noticia, de sus once libros sólo se han trasladado al castellano dos obras y partes de un ensayo: la mencionada Teoría de la clase ociosa (México: Fondo de Cultura Económica, 1944), la Teoría de la empresa de negocios (Buenos Aires: Eudeba, 1965) y “La curiosidad ociosa en la sociedad”, publicado en el volumen colectivo de Barry Barnes et al., Estudios sobre sociología de la ciencia (Madrid: Alianza, 1972). Este último ensayo es un extracto de un trabajo mayor publicado en 1906 con el título de “The Place of Science in Modern Civilization”.

Esta traducción hace parte del repetido esfuerzo de la Revista Colombiana de Educación por llevar a sus lectores los textos clásicos de la sociología de la educación. Las traducciones conforman una actitud cosmopolita, un afán por hacerse a lo mejor de otras tradiciones de pensamiento y un deseo permanente de sumar a nuestro haber las contribuciones más significativas de otros pueblos. Con todas las dificultades e insuficiencias que puedan presentar las traducciones, tal actividad sigue siendo el mecanismo más acabado de participar en el mercado mundial-universal de la cultura.

Para facilitar la lectura del texto hemos agregado a cada sección un sumario. Esto puede ser una buena ayuda para los lectores no iniciados, sobre todo cuando se recuerda que la exposición de Ve bien —considerado por algunos críticos como un maestro de la prosa inglesa— es con frecuencia evasiva, confusa y poco sistemática.

Gonzalo Cataño

I

Toda civilización posee una modalidad propia de conocimiento esotérico (de “saber superior”). La universidad como mecanismo de conservación y transmisión del conocimiento esotérico moderno. Dos rasgos de la naturaleza humana: el instinto de curiosidad ociosa y el instinto del trabajo eficaz. Características de la vida y de la cultura modernas de Occidente.

En toda civilización existe una forma de conocimiento esotérico. Característicamente, este conocimiento varía de una cultura a otra, diferenciándose tanto en el contenido como en la relación con los cánones de verdad y realidad aceptados por sus adeptos. Pero existe un rasgo común en todas las civilizaciones, en cuanto tiene que ver con este conocimiento esotérico, y es que en todos los casos lo guarda de forma rigurosa un cuerpo selecto de adeptos y especialistas —científicos, académicos, sabios, clérigos, sacerdotes, chamanes, curanderos— o cualquiera que sea la designación que se considere para cada caso.

En el examen de una sociedad dada dentro de la cual se encuentra tal cuerpo de conocimiento, se hallará que este conocimiento se considera un objeto de gran valor intrínseco, y de alguna manera, de consecuencias mucho mayores que las de cualquiera de los logros materiales o de las posiciones de la comunidad. Puede adoptar la forma de un sistema de magia o de creencias religiosas, de mitología, teología, filosofía o ciencia. Sin embargo, independientemente de la forma que adopte en un caso determinado, se considera que le confiere distinción y carácter a esa civilización.

En el examen del grupo en cuya vida se realiza y adquiere forma este conocimiento esotérico, se supone que él encarna la sistematización de una verdad fundamental y eterna, aunque a cualquier extraño al grupo le resulte evidente que tal conocimiento deriva su carácter, su extensión y sus métodos, de los hábitos de vida del grupo, de las instituciones con las cuales está ligado por un tejido de toma y daca. Ello es claro en el caso de todas las fases históricas de la civilización como en el de aquellas culturas contemporáneas tan distantes de nuestros intereses cotidianos, hecho que permite observarlas en una perspectiva adecuada. Una investigación objetiva del lugar que ocupa el saber moderno en la civilización moderna, mostrará que lo mismo ocurre en este tipo de civilización y con los guardianes de su sistema de conocimiento más desarrollado. No sería difícil demostrar que este “saber superior” del mundo moderno, el actual cuerpo de la ciencia y del trabajo académico, también ocupa su lugar en el uso y la costumbre, y que ha crecido y cambiado el centro de su contenido, fines y métodos como respuesta a los cambios en los hábitos de vida de los pueblos occidentales durante su período de crecimiento y poder. Tampoco resultaría extremadamente difícil llegar al convencimiento de que este proceso de cambio y reemplazo en el alcance y método del conocimiento se encuentra en acción como respuesta a los cambios institucionales que continúan de forma incontenible hacia adelante¹.

Para los adeptos que se ocupan de este conocimiento esotérico, los científicos y académicos en quienes descansan su conservación, este asunto no aparecerá desde

¹ En otros trabajos se ha intentado una investigación de esta clase: Cf. *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts* (New York: Macmillan, 1914), cap. vii, pp. 321-340; “The Place of Science in Modern Civilization”, *American Journal of Sociology*, Vol. XI, marzo de 1906, pp. 58 5-609; y “The Evolution of the Scientific Point of View”, *University of California Chronicle*, 1908, Vol. X, No. 4, pp. 395-416.

luego bajo esa luz; especialmente en lo que respecta a aquel segmento especial del campo del conocimiento encargado de su conservación y cultivo. Todos ellos están comprometidos con el perfeccionamiento y conservación de una línea especial de investigación, cuyo objetivo final, según sus adeptos, será necesariamente la verdad última e irreductible de los aspectos de su dominio. Pero vistos en perspectiva, estos adeptos deben considerarse en sí mismos como criaturas de hábitos, como criaturas de una forma particular de vida grupal de la cual han surgido sus preconcepciones en materia de conocimiento y sus intereses en la investigación en curso. De modo que los términos de finalidad que satisfacen a los adeptos son también consecuencia de la habituación, y han de tomarse como concluyentes sólo porque son consonantes con la disciplina de la habituación impuesta por aquella forma de vida del grupo que ha estimulado en estos adeptos un particular esquema mental.

Quizás a una mayor distancia que muchos otros fenómenos corrientes, pero no por ello menos eficaz, el saber superior adopta su carácter de la forma de vida impuesta al grupo por las circunstancias que la rodean. Estas circunstancias limitantes que condicionan el alcance y el método del aprendizaje son en primer lugar, y de modo más decisivo, las condiciones impuestas por el estado de las artes industriales, la situación tecnológica; y en segundo lugar, y no menos exigente en detalle, el esquema recibido del uso y la costumbre que en sus otras orientaciones tiene su efecto sobre la configuración del esquema del conocimiento, tanto en su contenido como en lo que respecta a las normas y a los métodos de su organización. Distintiva y dominante entre los factores constituyentes del esquema actual del uso y la costumbre, se encuentra el empeño de los negocios, con la visión y las predilecciones que este empeño implica. Por consiguiente, cualquier investigación sobre el efecto que los recientes cambios institucionales hayan podido tener sobre el saber superior, habrá de relacionarse en un grado particular con las consecuencias que haya tenido en épocas recientes el empeño de los negocios sobre los ideales, los objetivos y los métodos de los académicos y las escuelas dedicadas al saber superior.

El Saber Superior, en la forma como lo cultivan actualmente los eruditos académicos y los científicos de la civilización occidental, no difiere genéricamente del conocimiento esotérico proporcionado por los especialistas de otras civilizaciones y de otras épocas y lugares. Comprende el mismo rango general de aptitudes y capacidades, satisface el mismo rango de deseos humanos y surge de las mismas propensiones impulsivas de la naturaleza humana. Su alcance y método difieren de lo que ha parecido aceptable en otras situaciones culturales, y sus supuestos y cánones resultan tan propios que le confieren un carácter específico diferente de los demás; pero en gran parte, este carácter específico obedece a una distribución de los énfasis entre los mismos rangos generales de dones nativos que siempre han orientado al hombre en la búsqueda del conocimiento. La tensión recae evidentemente de una manera algo distinta sobre los cánones de la realidad como recurso que los hombres utilizan para sistematizar y verificar el conocimiento adquirido; que a su turno obedece a las distintas habituaciones a que están sujetos los hombres civilizados, en contraste con la disciplina que ejercían otras culturas más tempranas.

En cuanto a su génesis y crecimiento, cualquier sistema de conocimiento puede referirse con confianza, en términos generales, a la iniciativa y a las preferencias que proporcionan

dos rasgos impulsivos de la naturaleza humana: la curiosidad ociosa y el instinto del trabajo eficaz².

En este rasgo genérico, el saber moderno no se aparta de la regla que rige también para la gente común y corriente. Instintivamente el ser humano busca el conocimiento y lo valora. Esta propensión se resume bien al decir que por don natural el ser humano actúa con curiosidad ociosa —“ociosa” en el sentido de que busca un conocimiento de las cosas, independientemente del uso ulterior que pueda dar al conocimiento adquirido³. Esto, desde luego, no implica que del conocimiento adquirido no se pueda sacar provecho. En realidad, aunque el hecho no resulte de especial importancia para la presente investigación, la propensión natural que aquí se ha definido como instinto del trabajo eficaz, inevitablemente inclina al ser humano a sacar provecho de todo conocimiento de que disponga, siguiendo un sistema de medios y arbitrios. Pero el instinto del trabajo eficaz tiene otra y más pertinente influencia sobre estas premisas en cuanto suministra las normas o el esquema para los criterios y los cánones de verdad con los cuales los hechos establecidos serán interpretados y relacionados con un cuerpo sistemático de conocimiento. Empero, el instinto del trabajo eficaz adquiere vigencia al referirse a diversos expedientes y logra sus fines recurriendo a principios variables, según que la habituación de la vida cotidiana haya impuesto uno u otro esquema sobre los hechos que tiene que manejar.

Los hábitos del pensamiento inducidos por la vida del trabajo diario se imponen como los principios que rigen la búsqueda del conocimiento; serán, por lo tanto, los hábitos del pensamiento impuestos por el esquema tecnológico actual los que más tendrán que decir (o de forma más inmediata) sobre la sistematización actual de los hechos. La lógica imperante en el estado actual de las artes industriales necesariamente se insinuará como el esquema lógico que, por supuesto, deberá regir efectivamente las interpretaciones y las generalizaciones de hecho en todas sus relaciones comunes. Pero el estado actual de las artes industriales no es lo único que condiciona el instinto del trabajo eficaz. En toda situación institucional dada —y el esquema moderno del uso y la costumbre, de la ley y el orden no constituye excepción— el instinto del trabajo eficaz se mantiene dentro de una conformidad más o menos exigente con varias pruebas y tipos que no son intrínsecos al estado de las artes industriales, aun sí no le son del todo extrañas, tales como los requisitos impuestos por el estado actual de propiedad y de los valores pecuniarios. Estas condiciones pecuarias que se imponen ellas mismas sobre los procesos de la industria y sobre la dirección de la vida, junto con la contabilidad pecuniaria que va con ellas —el sistema de precios, tienen mucho que decir acerca de la guía y las limitaciones del instinto del trabajo eficaz. Y en la medida en que la habituación impuesta de esta manera sobre la vida del trabajo diario se comporte en efecto como un esquema de la lógica que rige la búsqueda del conocimiento, aquellos principios que por hábito hayan encontrado aceptación como convenientemente saludables y convincentes sobre la dirección pecuniaria de los asuntos, necesariamente dejarán su impronta sobre los ideales, los objetivos, los métodos y los

² Cf. *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts*, cap. 1 y pp. 39-45, 52-62, 84-89. Siguiendo las sugerencias de Vicente Herrero en su clásica versión española de la *Teoría de lo clase ociosa*, traducimos aquí la noción webleniana *Instint of Workmanship* por “instinto del trabajo eficaz” —Nota de los traductores].

³ En las elucubraciones iniciales de los pioneros del pragmatismo esta proposición fue negada implícitamente; en sus posiciones posteriores y más elaboradas los defensores del pragmatismo han hecho las paces con ella.

patrones de la ciencia y el trabajo académico. En particular, aquellos patrones y principios de organización, control y logro, que se han aceptado como corrientes en la dirección de los negocios, en gran parte se reafirmarán por la fuerza del hábito como algo indispensable y concluyente en los asuntos del saber. Sí bien sigue siendo verdad que la preferencia del instinto del trabajo eficaz continúa orientando la búsqueda del conocimiento, bajo las condiciones impuestas por las instituciones modernas no serán las concepciones ingenuas del instinto del trabajo eficaz las que moldearán el marco del sistema moderno del saber; sino más bien las preconcepciones de ese instinto de trabajo eficaz disciplinado que se ha instruido en la lógica de la moderna tecnología y se ha sofisticado con mucha experiencia en una civilización en cuyo esquema los cánones de vida pecuniaria son definitivos.

La tecnología moderna tiene un carácter impersonal y eficaz en un grado que carece de precedentes, y la contabilidad de la administración de los modernos negocios también posee una naturaleza en extremo desapasionada y neutralmente exigente. De ello resulta que el saber moderno es de una complejidad igualmente eficaz y mecanicista, y de la misma manera se apoya sobre pruebas y formulaciones estadísticamente desapasionadas. Si se puede decir con justicia que en los tiempos de la escolástica la ecuación personal fue el factor central y decisivo en la sistematización del conocimiento, es justo decir que en los últimos tiempos no se ha escatimado esfuerzo alguno para eliminar todo sesgo de individualismo de la técnica o de los resultados de la ciencia y del trabajo académico. Es la "luz seca de la ciencia" la que siempre está en demanda, y hay un gran esfuerzo por eliminar todo toque de sentimentalismo.

Aún así, este conocimiento altamente esterilizado, a prueba de gérmenes, conservado en lugar fresco y seco, dirige el sentimiento de la moderna humanidad civilizada no menos incondicionalmente y con no más ideas que una sanción externa, de lo que lo lograron las construcciones e interpretaciones altamente personalizadas, mitológicas y filosóficas que tuvieron su auge en los días de la escolástica.

A través de todas las mutaciones acaecidas en este campo del conocimiento, desde sus comienzos en el mito pueril y mágico hasta su (provisional) consumación en las ciencias "exactas" de la actualidad, cualquier atento escrutinio encontrará que la fuerza motriz ha sido en forma consistente del mismo tipo, reconocible hasta en la misma propensión de la naturaleza humana. En cuanto puede explicarse razonablemente el conocimiento esotérico, o un "saber superior", la actividad se encuentra animada por una curiosidad ociosa, una propensión desinteresada para obtener el conocimiento de las cosas y reducirlo a un sistema comprensible. El fin objetivo es una organización teórica, una articulación lógica de las cosas conocidas, cuyo curso no debe ser desviado por ninguna consideración de conveniencia o de ventaja personal, sino que debe permanecer fiel a los cánones de la realidad aceptables en su momento. Estos cánones de realidad, o de verdad, han variado de tiempo en tiempo; de hecho han variado con el paso del tiempo y las mutaciones de la experiencia. Con la llegada de la vida moderna, particularmente en sus últimas fases, la experiencia que ha moldeado y vuelto a moldear los cánones de verdad para uso de las mentes inquisitivas, ha caído más y más en la dirección de la articulación mecánica y se ha expresado sin reservas en términos del esfuerzo mecánico. De modo concomitante, los cánones de realidad han asumido una complejidad mecanicista, con un descuido y un progresivo olvido de las pruebas y las reglas más penetrantes; hasta el punto que en la ingenua comprensión del hombre moderno, la "realidad" ha llegado casi a identificarse con el hecho mecánico, y la "verificación" se toma para dar sentido a una formulación en términos mecánicos. Pero la prueba última de esta

realidad hacia la cual se ha orientado la búsqueda del hombre moderno, no es lo servicialmente mecánico para el uso humano, sino lo real y mecánicamente efectivo.

De esta forma se ha llegado a que la civilización moderna sea en un grado muy especial, una cultura de las potencias intelectuales, en el sentido más reducido del término, en contraste con los rasgos emocionales de la naturaleza humana. Sus logros y méritos fundamentales han de encontrarse en este campo del saber, y en otro sus principales defectos. Y es de sus logros en este dominio del conocimiento distante y desapasionado, que la moderna humanidad civilizada finca sus esperanzas y se jacta ingenuamente. Las virtudes más emotivas y espirituales que alguna vez ocuparon el primer lugar, han sido opacadas por la creciente consideración dada al aprovechamiento del conocimiento útil. Como móviles originales en la corriente de la vida civilizada, estos movimientos sentimentales del espíritu humano pertenecen al pasado —al menos tal es la declaración autocomplaciente de los modernos voceros de la cultura. La tecnología moderna, y la concepción mecanicista que la acompaña, son ajenas al espíritu del “viejo orden”. La Iglesia, la corte, el campo y los salones donde estas viejas y tal vez más hidalgas virtudes tuvieron su laboratorio y patio de descanso, se han secado y se han envejecido. La mayor parte del aparato del viejo orden, con sus antiguas y buenas costumbres, aún presenta cierto decoro, y los empeños sentimentalmente reminiscentes de ciertos “restos” todavía le prestan a este aparato de arcaísmo algo de vida galvánica. Pero ese poder de la aspiración que alguna vez surgiera lleno y cálido en los cultos de la fe, la usanza, el sentimiento, la proeza y el honor, ahora en el mejor de los casos apenas si llega a estar a la cabeza de la adulación de lo real y positivo.

Este conocimiento esotérico útil se ha convertido por derecho propio en algo valioso, en un fin autolegitimante del esfuerzo en sí mismo, independientemente de cualquier influencia que pueda tener sobre la gloria de Dios o el bien del ser humano. No cabe duda de que el hombre siempre ha sentido de una manera más o menos urgente la propensión a buscar en la naturaleza de las cosas más allá del uso práctico de cualquier conocimiento que pueda alcanzar, y siempre se ha dado a buscar explicaciones curiosas de las cosas. La curiosidad ociosa es un rasgo natural de la raza. Pero en épocas pasadas, la búsqueda desinteresada del conocimiento no rentable no fue en gran medida reconocida abiertamente como el objetivo de un esfuerzo legítimo; o por lo menos tal ha sido la situación durante el último período de la historia, de la cual los estudiosos pueden dar cuenta. La búsqueda del conocimiento se ha calificado de meritoria, o al menos de intachable, sólo y en cuanto ha parecido estar al servicio de los fines de uno y otro de los intereses prácticos que han ocupado de vez en cuando la mente del hombre. Recientemente, empero, durante las últimas generaciones este conocimiento ha llegado a ser reconocido como “un fin en sí mismo”, hasta el punto de que “el incremento y la difusión del conocimiento entre los hombres” ahora se valora abiertamente como el trabajo más humano y meritorio que pueda asumir comunidad ilustrada alguna o cualquier amigo filantrópico de la civilización.

El recurso de tal “incremento y difusión” no es puesto más en duda, dado que ha dejado de ser un expediente entre las naciones ilustradas, siendo en sí mismo la consumación bajo la cual, en la percepción de los seres civilizados, el avance de la cultura debe converger. Tal ha llegado a ser a largo plazo el juicio del sentido común de la opinión pública ilustrada. En las mentes corrientes ha hecho su nicho una presunción arraigada en este sentido, en la misma medida y en un período aproximadamente igual al que ha necesitado el cuerpo actual de conocimiento sistemático para adoptar su carácter de útil. Para bien o para mal, el ser humano civilizado ha llegado a sustentar la idea de que este conocimiento útil de las cosas

es el único fin en la vida que con certeza se justifica a sí mismo. De modo que ninguna mayor vergüenza podría sobrevenirle a la moderna civilización que el fracaso de este saber moderno, que constituye el activo espiritual más valorado por la humanidad civilizada.

La verdad de esta percepción es confirmada por las profesiones y por aquellos tenientes de las potencias del oscurantismo que se esfuerzan por devastar y corromper a los pueblos de la cristiandad. En coro altisonante juran en nombre de la “cultura” que su único activo inalienable es el dominio intelectual de las cosas útiles. A la vez, sólo apoyándose en los recursos del conocimiento realista pueden estos apóstoles de la reacción adelantar sus campañas de corrupción y desolación.

Otros intereses que alguna vez gozaron de alta estimación parecen, en comparación, haber quedado en suspenso: la devoción religiosa, el prestigio político, la capacidad para la lucha, la cortesía, la distinción económica, el profuso consumo de bienes. Pero es sólo frente al valor más elevado que se le ha concebido a la empresa del intelecto que aquellos otros intereses parecen haber perdido terreno. Estos y otros parecidos han caído en un desprestigio relativo, por ser en comparación sórdidos e insubstanciales. No es que estos intereses humanos “menores”, que responden a los rangos “inferiores” del intelecto humano, hayan caído en el olvido; es sólo que se han venido a denominar inferiores” en contraste con la búsqueda del conocimiento; y es solo después de pensarlo dos veces, y quizás apenas para el efímero presente, que son tomados en cuenta por el común de la humanidad civilizada. El hombre se halla todavía en una búsqueda suficientemente acalorada de estas amenidades gastadas por el tiempo, y de hecho es más probable que cada uno para sí convierta la persecución de tales fines egoístas en la carga de su vida; pero en una clasificación desapasionada, y con el correctivo de la confesión deliberada, resultará que a la larga ninguno de éstos se recomienda intrínsecamente como algo valioso. En el mejor de los casos pueden clasificarse como concesiones rápidas a la inconstancia humana o como medidas contra la perversidad humana o contra las adversidades de la fortuna. El último recurso de los apologistas de estas empresas más sórdidas es su súplica de que sólo por estos medios pueden satisfacerse los fines últimos de una civilización de la inteligencia. Con cierta propiedad podría parafrasearse el argumento diciendo que para al final servir a Dios, tenemos entretanto que estar listos para servir al demonio.

Por supuesto, siempre resulta posible que esta preeminencia de la empresa intelectual de la civilización de los pueblos occidentales sea un episodio transitorio; que con el tiempo — quizás de forma precipitada con la próxima vuelta inminente de las fortunas de la civilización— de nuevo se vea relegada a un puesto secundario en el esquema de las cosas y llegue a ser un instrumento al servicio de algún objetivo o impulsos dominantes, por ejemplo, el patriotismo fanfarrón, la política dinástica o la crianza de una aristocracia comercial. Más de una nación europea ha avanzado ya tanto en este camino que ha ouesto en duda la primacía de la ciencia y el mundo académico ante sus ambiciones bélicas; y las aspiraciones de la comunidad americana parecen estar divididas —entre el patriotismo al servicio de los capitanes de la guerra y el comercio al servicio de los capitanes de las finanzas. Pero hasta ahora los voceros de tal reversión cultural han tenido cuidado en declarar una ligera fe en esa civilización de logros intelectuales desinteresados que están tratando de someter a sus diversos fines. Que tales declaraciones *pro forma* sean necesarias, indica que la fe en la civilización de la inteligencia todavía está tan intacta como para demandar que todos los reaccionarios hagan las paces con ella.

Entre tanto la fácil y natural presunción de que este tipo de civilización de la inteligencia se justifica, llega hasta el punto de afirmar que el sesgo actual que se expresa bajo tal forma será el resultado de una experiencia segura y prolongada. Lo que subraya y ha producido esta tendencia del temperamento de los pueblos civilizados es un asunto intrincado de crecimiento institucional del que no podemos ocuparnos aquí; pero el cambio gradual de esta perspectiva útil a la primacía entre los ideales del cristianismo moderno es suficientemente claro para cualquier estudioso de los tiempos modernos. Es concebible que pueda presentarse un abrupto final de esta soberana corriente mediante una rápida alteración de las circunstancias; pero ésta no se dio por medio de la intrusión repentina de una nueva invención en los ideales —al estilo de la conversión religiosa— ni por la incursión de un elemento hasta ahora extraño en el actual esquema de vida, sino más bien por la fuerza de un cambio de énfasis gradual y no intencional, escasamente perceptible entre los diversos factores culturales que en conjunto constituyen el esquema del funcionamiento de las cosas.

Junto con este desplazamiento del conocimiento útil al primer plano de los ideales de la vida civilizada, se ha producido un cambio imprevisto en la actitud de aquellas personas y establecimientos que se ocupan de este saber, lo mismo que en el puesto que la comunidad le ha otorgado. Una vez más se trata de un asunto de cambio institucional, de cambios autoinducidos en el esquema del uso y la costumbre; y aquí como en otros casos de desplazamiento y crecimiento institucional, los cambios se han sucedido en su mayor parte de una manera ciega, por impulso, sin mucho conocimiento previo de las consecuencias posteriores a que tiende esta transformación. Será posible apreciar su dirección y sus consecuencias posteriores con cierto grado de confianza sólo después de que haya tenido lugar el nuevo crecimiento del uso y la costumbre dentro de un rango alterado de principios y modelos. Pero este desarrollo que ha arrojado al conocimiento útil a un lugar de valor supremo para la cultura moderna, ha sido hasta cierto punto —y en un grado muy particular— imprevisto, no intencional; lo mismo se aplica a las escuelas y al personal comprometido, y en grado igualmente peculiar, el sentido y la presencia de estos cambios tampoco se han apreciado mientras se han venido produciendo, sin duda porque se ha tratado de un fenómeno sin precedentes y de un cambio, en su totalidad, no intencional de la habituación. La historia no registra nada parecido que pueda comparársele. Ninguna otra era del pasado histórico ha definido un patrón de guía para este asunto, y la experiencia muestra que ninguno de los pueblos históricos ofrece una clave que sirva para juzgar de antemano el curso y los resultados probables de esta fase específicamente occidental y moderna de la cultura.

Probablemente se hayan presentado de vez en cuando comienzos y ligeras excursiones en el cultivo del conocimiento útil entre los muchos sistemas cambiantes de sabiduría isotérica que han demandado atención, aquí y allá, de antiguo y de reciente data; y de ningún modo pueden reputarse como despreciables. Pero en conjunto no han llegado a ser más que excursiones incompletas, desde el punto de vista del conocimiento superior de los últimos tiempos, ni tampoco han tenido influencia importante sobre los establecimientos diseñados para impulsar el avance del conocimiento desinteresado. En la historia no se conoce ninguna era cultural que abiertamente haya asumido tal búsqueda del conocimiento como su rasgo característico. De esta situación aislada del caso se sigue, por desgracia, que esta fase moderna deberá estudiarse a través de su propia luz; y puesto que la secuencia del desarrollo hasta ahora no ha concluido, existe un campo amplio para las opiniones encontradas en cuanto a su resultado presuntivo o legítimo y aún en cuanto a su dirección actual.

II

La universidad y los pasatiempos públicos. La universidad como seminario del saber superior. El lugar de la investigación en la universidad. Rasgos del hombre de universidad. El hombre de estudio y el maestro de escuela. Diferencias entre la universidad y las escuelas inferiores y profesionales.

Pero hechos notorios dejan en claro que la humanidad civilizada considera esta búsqueda del conocimiento útil como su activo máspreciado y su logro más valioso —en la medida en que haya de encontrarse algún consenso de apreciación o de aspiración entre la humanidad civilizada; y no existe consenso similar que tenga influencia sobre cualquier otro rasgo del esquema de vida que caracteriza a la civilización moderna. Igualmente, está más allá de toda discusión que el hombre acude al sistema moderno de escuelas y demás establecimientos relacionados de aprendizaje para el progreso y la conservación de su empresa intelectual. Y entre los muchos detalles de este equipamiento, la universidad moderna por tradición se identifica mucho más con la búsqueda del conocimiento que con otro tipo de saber. Mantiene una relación íntima, única y particular con esta empresa intelectual. Tal es, al menos, la percepción del trabajo actual de la universidad. Esta es la única institución aceptada de la cultura moderna a la que incuestionablemente se transfiere la búsqueda del conocimiento; y la corriente visible de las circunstancias y de los sentimientos personales se encaminan para hacer de este el único deber propio de la universidad.

Es verdad que muchos otros campos de trabajo, y de actividad que con propiedad no podrían llamarse trabajo, son asumidos por instituciones de nivel universitario; y también lo es que muchas instituciones que se llaman a sí mismas “universidad”, no tienen en substancia nada que ver con el saber superior. Pero varias de estas actividades, que las universidades toleran, están sujetas a cuestionamiento. Su legitimidad sigue siendo materia de debate a pesar de los argumentos interesados de sus portavoces, quienes defienden la sumisión parcial de la universidad a empresas como la preparación de profesionales, la instrucción de pregrado, la supervisión y orientación de los sistemas de educación media, la elevación de los incultos a través de “cursos de extensión” (y demás incursiones en las áreas del pasatiempo público), el entrenamiento de maestros de secundaria, el estímulo de *amateurs* por “correspondencia”, etc. Cuántas y cuáles de estas actividades extrañas está dispuesta a permitirse la universidad, es un tema sobre el que no existe un acuerdo generalizado aún entre aquellos cuyas inclinaciones los lleva lejos en esa dirección; pero lo que se da por sentado en toda esta extraña defensa, es la premisa segura de que la universidad es en primer lugar el seminario del saber superior y que ninguna institución puede validar sus pretensiones de poseer rango universitario a menos que pueda probar su aptitud a este respecto⁴

La conservación y el progreso del aprendizaje superior comprenden dos métodos de trabajo diferentes pero estrechamente ligados: a) la investigación científica y académica y b)

⁴ La función esencial de la universidad es la de reunir, para la transmisión de la experiencia y el estímulo, a los sabios de la generación que pasa y a los jóvenes selectos de la venidera. Por la extensión y plenitud con que ellos establecen estos contactos sociales y transmiten la onda de la experiencia acumulada y el estímulo idealista —las fuentes legítimas de la moral y del progreso intelectual—, podrá juzgarse a las universidades. Víctor Brandford, *Interpretations and Forecasts*, cap. vi, “The Present as a Transition”, p. 288.

la instrucción de los estudiantes⁵. La primera de éstas es primaria e indispensable. Este trabajo de empeño intelectual es el que le da su carácter a la universidad y la distingue de las instituciones inferiores. El trabajo de enseñanza pertenece propiamente a la universidad sólo y en cuanto incita y facilita la labor de investigación del universitario, y el punto hasta el cual tal enseñanza hace adelantar el trabajo de investigación podrá apreciarse muy poco sin una experiencia más o menos extensa. En general, existen pocas excepciones y sin importancia a la regla de que la enseñanza, como concomitante de la investigación, es claramente ventajosa para el investigador, particularmente en cuanto su trabajo es por naturaleza la investigación teórica. Por tanto, la instrucción que necesariamente se produce en el trabajo universitario, lo es sólo en cuanto puede combinarse con el trabajo de investigación, a la vez que directamente hace progresar el saber superior en cuanto prepara la generación venidera de académicos y científicos para continuar la búsqueda del conocimiento. El entrenamiento para otros propósitos es de naturaleza diferente y se hace mucho mejor en otras instituciones —y no se convierte en trabajo universitario por el sólo hecho de llamarlo así o imponiéndole su carga a los hombres y al equipo cuya única preocupación debiera ser el saber superior.

La enseñanza universitaria, que posee un propósito particular y especial —la búsqueda del conocimiento—, tiene además un carácter particular y especial que la diferencia de otras enseñanzas y la inhabilita para otros propósitos. Su fin es el de preparar al estudiante para el trabajo de investigación y no el de darle destrezas en la conducción de asuntos que convierten a tal o cual conocimiento en “contabilidad práctica”. En consecuencia, la instrucción que cae legítimamente bajo el dominio del universitario es necesariamente subsidiaria y complementaria al trabajo de investigación, y sólo podrá ser llevado a cabo por aquellos maestros comprometidos con el escrutinio del conocimiento adquirido y con el empuje de la investigación hacia adelante. Ese profesor sólo podrá realizarla atrayendo a los estudiantes a su propio campo de investigación. La relación del estudiante con su profesor será necesariamente la del aprendiz con su tutor y no la del pupilo con el maestro de escuela.

Una universidad es un cuerpo de académicos y de científicos maduros: un grupo de profesores—la planta y los equipos apenas sirven de herramienta a su trabajo. En las condiciones modernas, el equipo material requerido puede ser considerable, como puede serlo el número de porteros, asistentes, etc., pero nada de esto constituye la universidad: sólo es su equipo. El trabajo del hombre de universidad consiste en la búsqueda del conocimiento junto con la supervisión y consejería que sistemáticamente pueda ofrecerle a los estudiantes que ingresan a la carrera del saber en el momento en que su perspectiva y sus métodos de trabajo puedan ser de utilidad para ellos. Quien habitualmente no oriente sus energías a desarrollar el conocimiento y a poner a prueba el dominio del saber, no pertenece legítimamente a la universidad. Estrictamente hablando, el hombre de universidad es una persona que estudia y no un maestro de escuela. Este es el rumbo inconfundible del sentimiento y del afán profesado, en cuanto se halla orientado por las aspiraciones culturales de la humanidad civilizada más que por la estrategia emulativa de la búsqueda individual del ascenso personal⁶.

⁵ Cf. Geo. T. Ladd, *University Control*, p. 349.

⁶ Cf., e.g., J. McKeen Catteli, *University Control*, parte III, cap. V., “Concerning the American University”. “La universidad está constituida por aquellos que enseñan por aquellos que aprenden y por el trabajo que todos ellos realizan”. “La universidad son sus hombres y su trabajo, aunque ciertos elementos externos son necesarios o al menos corrientes: edificios, equipos, un rector y unas directivas”.

Por supuesto, nada de esto rebaja el trabajo de quienes aspiran a preparar a los jóvenes para la ciudadanía y para alcanzar una carrera práctica. Es tan sólo una cuestión de mantener separadas las cosas que pertenecen a campos diferentes. El científico y el académico, por una parte, y el maestro de escuela, por la otra, pertenecen al desarrollo más reciente de la civilización; pero se hace indispensable la diferenciación de estas dos clases, al igual que la división de su trabajo, si se trata de que realicen su labor como debe ser y como pretende juiciosamente la comunidad moderna que deban hacerlo. Y dado que hasta ahora no se ha llevado a cabo tal distinción en forma consistente, ella está por lo menos en marcha, y nada, salvo una gastada presunción, mantiene unidos los dos métodos de trabajo en detrimento de ambos; respaldados, en verdad, por ambiciones de autoengrandecimiento de varias instituciones y de sus directivas.

El maestro de escuela y su trabajo pueden ser igual o más útiles para la comunidad en general —tal vez más que menor—, pero en cuanto su interés principal es pedagógico, su lugar no es la universidad. La exposición, la instrucción y los ejercicios pertenecen a la secundaria o a las escuelas profesionales. En ellas el objetivo es y debe ser, instruir, inculcar un conocimiento de los resultados y darle al alumno la facilidad para su aplicación. En el nivel universitario, tal información y entrenamiento son (o deben ser) incidentales al trabajo de investigación. Casi que inevitablemente el hombre de universidad es un maestro, por precepto y por ejemplo, pero no puede ser, sin detrimento de su trabajo como científico o académico, corrector de tareas o vehículo de adoctrinamiento. Se espera que el joven que llega a la universidad en busca del conocimiento sepa lo que quiere y que lo desea sin sentirse obligado. Si no satisface estas expectativas, si carece de los requisitos de iniciativa e interés, es su culpa y no una falla de su profesor. A lo que legítimamente tiene derecho es al contacto personal y a la orientación que lo familiarizarán con las vías y los medios del saber superior, y cualquier información que se le dé será incidental a su trabajo principal de habituación. Tiene la posibilidad de convertirse en un académico, y lo que haga con ella queda a su discreción.

La diferencia entre la universidad moderna y las escuelas inferiores y profesionales es clara y simple; no es tanto una diferencia de grado como de clase. No existe dificultad alguna para captar o apreciar esta diferencia. La disputa no radica en lo práctico de su distinción, sino en el deseo de permitir que tal diferencia se lleve a cabo. Es la controversia entre quienes se aferran a lo que una vez fue bueno y quienes buscan aprovechar los medios disponibles para nuevos fines y satisfacer nuevas exigencias.

En un esquema ideal, las escuelas inferiores (incluidas las profesionales) se han diseñado para que preparen a las nuevas generaciones para la vida civil; se ocupan, por consiguiente, de infundir en los alumnos aquellos conocimientos que los hagan ciudadanos útiles para el mundo en cualquier posición que lleguen a ocupar en el tejido de la vida cotidiana. La universidad, en cambio, se especializa en preparar para una vida de investigación y de labor académica. Se ocupará sólo de aquellas disciplinas que procuren eficiencia para la búsqueda del conocimiento y preparen a los estudiantes para el incremento

Los trabajos de otros autores asociados con Cattell en este volumen se mueven en la misma dirección como quiera que tocan el mismo tema. Sin duda, resultaría difícil encontrar una expresión deliberada en sentido contrario entre quienes están capacitados para hablar sobre estos temas.

Cabe añadir aquí que tendré presente el texto citado, *University Control*, a lo largo del siguiente análisis, libro que me ha servido de base y de información para buena parte de mi argumentación.

y la difusión del saber. De esto se desprende que mientras las escuelas inferiores se ocupan necesariamente de la supervisión de la vida diaria de sus alumnos y ejercen en gran medida autoridad e interferencia responsable en ese sentido, la universidad no asume (o no debiera asumir) responsabilidad alguna por la fortuna económica, moral, religiosa, pecuniaria, doméstica o de salud de sus estudiantes.

Sin duda, la responsabilidad más importante y seria del sistema educativo corresponde a las escuelas inferiores y profesionales, y no a la universidad. La ciudadanía es una categoría más amplia y substancial que la erudición, y el progreso de la vida civilizada es un interés más vasto y grave que la búsqueda del conocimiento por un fin ocioso en sí mismo. Pero las proporciones que últimamente ha venido adquiriendo la búsqueda del conocimiento en el panorama de la vida civilizada, exigen que las instituciones a las que se les ha entregado este compromiso no se recarguen con obligaciones extrañas, en particular aquellas que encierran graves consecuencias como el entrenamiento para la ciudadanía y los asuntos prácticos. Estas son obligaciones muy serias para que puedan tomarse como un aspecto colateral en un seminario del saber, cuyos profesores, si están capacitados para su propio trabajo especial, no son seres prácticos o peritos en sabiduría mundana.

III

El *college* americano. Relaciones del *college* con la universidad. Los *colleges* y las universidades tienen objetivos y tareas radicalmente distintas. Influencias negativas de los métodos del pregrado en los programas de graduados. La universidad y las escuelas técnicas y profesionales. Consecuencias negativas de la introducción del espíritu utilitario en la universidad.

En cuanto a su linaje, las universidades americanas tienen un origen distinto del de sus contrapartes europeas, aunque la diferencia en este sentido no sea tanto una cuestión de contraste como pudiera suponerse a primera vista. Parece que en un comienzo las universidades europeas (continentales) se fundaron con el fin de satisfacer las necesidades del entrenamiento profesional, particularmente el teológico (y filosófico) de los primeros tiempos. Históricamente, las universidades norteamericanas son una consecuencia del *college**, y este, en sus orígenes, se creó para el entrenamiento profesional; sobre todo para el entrenamiento en Teología y en segundo término para el oficio de maestro de escuela. Pero en ningún caso, ni en la universidad europea ni en el *college* americano, se dejó que este temprano objetivo vocacional decidiese su carácter a largo plazo o circunscribiera los rumbos de su crecimiento posterior. En ambos casos y de manera un tanto parecida, durante el siglo diecinueve los dos grupos llegaron a su desarrollo maduro como instituciones dedicadas al conocimiento desinteresado en busca de la empresa intelectual, y no como seminarios de entrenamiento de tipo vocacional. Sin duda que aún entonces tenían un valor vocacional, y las necesidades ocupacionales de sus estudiantes no fueron ajenas a las consideraciones que guiaban a sus regentes. En particular podría encontrarse que las

* El *college* norteamericano está conformado por los primeros años de la educación superior, que en América Latina corresponden a la licenciatura o al pregrado. En general los *colleges* son de cuatro años, al final de los cuales se otorga el título de *Bachelor of Arts* para los estudiantes de humanidades y el de *Bachelor of Science* para los estudiantes de ciencias [Nota de los traductores].

directivas (clericales) de los *colleges* tenían más de medio ojo puesto en las necesidades de la Teología, aún durante el tercer cuarto del siglo cuando la situación de los *colleges* americanos empezó a cambiar seriamente. Fue durante este período —la época de la Guerra Civil y de la Reconstrucción— cuando se afirmaron los cambios que redefinieron la situación académica en los Estados Unidos.

En esa época, hace algo más de medio siglo¹, el *college* estaba, o por lo menos se presumía que estaba, entregado a la instrucción desinteresada lejos de toda especialización, vocacional o de inclinación religiosa. Estaba alcanzando su lugar de remate o miembro superior, especie de coronamiento, del sistema de instrucción pública. La historia de cualquiera de las universidades estatales de aquella época, mostrará de inmediato la dirección eficaz de este ideal del *college* en cuanto miembro superior y definitivo del sistema escolar diseñado para ofrecer un curso prolongado de instrucción que buscara el incremento y la difusión no prejuiciados del conocimiento. Otros intereses, de tipo profesional o vocacional, también se confiaron a estas instituciones recién fundadas, pero de manera concluyente se observa la regla de que en estas creaciones académicas el establecimiento de un *college* de carácter desinteresado y no vocacional se consideraba como el núcleo básico —y eso fue el asunto corriente en aquellos tiempos.

El desarrollo posterior muestra dos rasgos bastante claros. La universidad americana ha llegado a su florecimiento y el *college* ha llegado a ser, en el esquema convencional de la educación, un eslabón intermedio y no el punto terminal. Bajo las denominaciones de “no graduado” y “graduado”, el *college* y la universidad todavía se mencionan juntos como subdivisiones de un todo complejo, pero mantener unidas estas dos clases de instituciones dispares es en el mejor de los casos un antojo de supervivencia carente de sentido. Y en el peor, y más corriente, es el resultado de una tosca ambición de grandeza de parte de unas directivas conjuntas. Sea que el *college* viva por sí mismo como entidad independiente con fundamento propio, o que exista legalmente como una subdivisión del establecimiento universitario, él ocupa su lugar en el esquema educativo como el miembro mayor del sistema de educación secundaria, y no mantiene una relación particularmente próxima a la universidad como sede del conocimiento. De cerca se relaciona con la universidad como escuela de preparación, pero usualmente se encuentra más cerca de las escuelas vocacionales y profesionales. En gran parte, sin embargo, no mantiene ninguna relación, más allá de la mera yuxtaposición con una y otras.

Pretender mantener juntos el *college* y la universidad con lazos de solidaridad ostensible, no es de ninguna manera un ajuste prudente ante las actuales necesidades de la erudición académica. Por accidente histórico, las universidades más antiguas de los Estados Unidos han llegado a su madurez sobre la base de un *college*, y por lo general no se ha roto la conexión externa. Y por mala imitación, o por falta de consejo, las universidades más jóvenes se han equivocado el encumbrarse con un departamento de pregrado para simular su estirpe presumiblemente honrosa, en detrimento tanto de la universidad como del *college* así vinculados. Según este arreglo, el *college* —el departamento de pregrado— cae en la categoría de apéndice, en algo colateral, del cual deben ocuparse en forma secundaria las personas cuyo legítimo y principal interés se dirige —o se debería dirigir— a cosas diferentes

¹ Cabe recordar aquí que estas páginas fueron publicadas en 1918. La época de la Guerra Civil y de la Reconstrucción norteamericanas va de 1861 a 1877. [Nota de los traductores].

del manejo eficiente de tales instituciones de entrenamiento pregraduado —siempre y cuando sean profesores universitarios *bona fide*, y no un cuerpo de profesores de secundaria disfrazados bajo el nombre de universidad.

Por lo general, parece que el motivo para haber incluido un pregrado en las universidades más recientes, es el deseo largamente acariciado por las autoridades universitarias de mostrar el establecimiento de un patrón convencionalmente aceptado y de matricular tantos estudiantes como les sea posible.

Cualquiera que haya sido la verdad en los tiempos en los cuales floreció y creció el *college* americano, está más allá de toda duda que el pregrado que ha tomado el puesto del *college*, no puede en la actualidad considerarse como una institución de estudios superiores. En el mejor de los casos, se trata ahora de una escuela de entrenamiento preliminar, preparatoria para ingresar a la carrera de la enseñanza o de introducción al entrenamiento posterior que se requiere para una profesión. Es también, y primordialmente, un establecimiento diseñado para dar los toques finales a la educación de los jóvenes que no tienen aspiraciones educativas más allá del *currículum* del *college*. Apunta a dar una educación uniforme a aquellos cuyo fin es la vida del momento o de los negocios. Lo bien o mal que pueda combinar el *college* estos dos propósitos no relacionados, es cuestión que no incumbe a este escrito, se lo menciona aquí tan sólo para señalar el 'contraste entre el *college* y la universidad de los Estados Unidos.

Del carácter de su trabajo se sigue que mientras la universidad no debe ofrecer propiamente un *currículum* fijo, el *college* no tiene nada más que ofrecer. Pero la retención o inclusión del *college* y de sus objetivos dentro de la corporación universitaria, ha llevado necesariamente a la conservación de los patrones y métodos de control del *college*, aún en lo que es o pretende ser la labor universitaria. De modo que no es raro encontrar un trabajo universitario (graduado) programado bajo la forma de un *currículum* con todas las inevitables circunstancias y aparato de las escuelas de internado del entrenamiento de pregrado. En efecto, el resultado de estos esfuerzos miopes por hacerse cargo del conocimiento superior a través de los métodos y medios de la institución para muchachos, resulta por lo común en la eliminación del saber superior y en el reemplazo de sus objetivos y resultados por los de una escuela para jóvenes.

Siendo el pregrado un trabajo a destajo (por tareas), resulta posible, sin resultados funestos, reducirlo a unidades iguales de tiempo y volumen, y controlarlo e imponerlo por medio de un sistema de contabilidad y supervisión. Los métodos de control, contabilidad y coerción que surgen de esta manera, poseen la aparente convicción de eficiencia palpable que pertenece a las rutinas definidas mecánicamente y que son medidas por medio de estadísticas, como las que siempre se encomiendan al espíritu del maestro de escuela. La tentación de aplicar tales métodos de rutina estandarizada donde sea posible, siempre está presente y es defendida con coherencia por quienes creen que enseñar los ejercicios es una concepción más inteligente que la erudición académica. El trabajo que característicamente pertenece a la universidad, es por otra parte, una cuestión de contacto personal y de cooperación entre el profesor y el alumno, y no se presta a ser medida por unidades estadísticas o mediante pruebas (*tests*) mecánicas. Por consiguiente quienes están comprometidos con este trabajo no pueden ofrecer nada de carácter definitivo en lugar de la rígida contabilidad defendida por los maestros de escuela. Y en casi todos los casos en los que el control de ambos departamentos recae sobre un grupo corporativo, como suele

ocurrir, el resultado es la insinuación gradual de los métodos y modelos del pregrado en el posgrado hasta que lo que nominalmente se conoce como trabajo universitario termina, en efecto, en una mera extensión del *currículum* de pregrado. Este efecto se logra, en parte, reduciendo los cursos de posgrado que resultan atractivos para las formalidades de la rutina del pregrado, o exonerando aquellos sectores del posgrado que no se prestan, aun ostensiblemente, a los métodos de los maestros de escuela.

Lo que se ha dicho del *college* en este aspecto sigue siendo válido para las escuelas profesionales y técnicas. En sus objetivos, métodos y logros estas escuelas son, por naturaleza, ajenas al saber superior. Esto no se dice por supuesto en detrimento de su trabajo. Por el contrario, como acontece con el *college*, estas escuelas también suelen ser incluidas en las corporaciones universitarias por lazos de carácter externo y ficticio, frecuentemente estatuidos en sus cartas de constitución. Pero esta inclusión formal no supera la discrepancia entre su propósito, su trabajo y su espíritu de los de la universidad propiamente dicha. Sólo sirve para perturbar la ingenuidad de ambas. Deja a las profesiones la búsqueda del saber y del trabajo de preparación un poco a la deriva, confundidos con la inútil ilusión de que son, de manera algo recóndita, variantes paralelas de la misma línea de trabajo.

En espíritu y en objetivos, las escuelas técnicas y profesionales son “prácticas” en sentido estricto, mientras que la búsqueda del saber que ocupa a los científicos y a los académicos no es “práctica” ni en el más mínimo grado. Las líneas divergentes de interés de que deben ocuparse las escuelas profesionales y la universidad, respectivamente, están tan separadas como bien pudieran estarlo dentro del campo general del conocimiento humano. Una está animada totalmente por consideraciones de utilidad, y el rango de sus intereses y esfuerzos está limitado estrictamente por consideraciones del efecto útil al que debe orientarse la habilidad a que da lugar. La otra, en cambio, no sabe nada de utilidad y no está influida por consideraciones de provecho o de inconveniencia en la apreciación del saber buscado. El ánimo de una es el conocimiento mundano, el de la otra la curiosidad ociosa. Las dos difieren inconmensurablemente en cuanto a su propósito y en gran medida también en cuanto a sus métodos—y esto por necesidad.

Pero a pesar de toda esta divergencia de propósito y de ánimos, existe después de todo, un amplio y substancial lazo de comunicación entre las escuelas profesionales, por una parte, y el trabajo propio de la universidad, por la otra, consistente en que las dos se ocupan, en gran medida, del mismo tipo de instrumentos y emplean en algún grado los mismos métodos lógicos de manipulación de estos materiales. Pero la relación resultante de esta comunidad material es casi totalmente externa y mecánica. Tampoco se establece la presunción de que las dos deben incluirse por conveniencia en el mismo establecimiento corporativo, ni siquiera que deban ser vecinos cercanos ni que tengan relaciones de personal particularmente cercanas. Las escuelas técnicas, y en grado menor las escuelas profesionales que no son propiamente técnicas, dependen en gran medida de los resultados del trabajo de los científicos, que en propiedad pertenecen a la universidad. Pero el material que se usa para tales fines técnicos se toma y se transforma sin pensarlo dos veces. El trabajo del tecnólogo se relaciona con el del científico de una manera bastante parecida a como se relaciona el trabajo del diseñador con el del inventor. En grado considerable, el científico depende de igual manera del trabajo de los técnicos para su información y para la corrección y verificación de su propio trabajo técnico. Pero no hay nada que pueda ganarse asociando una escuela técnica cualquiera con una universidad. La incorporación a cualquier

universidad no facilita en ningún grado la utilización de los resultados de la ciencia por los técnicos, ni tampoco se encuentra que fomente el trabajo de las ciencias. Por un lado, las escuelas en cuestión no se apoyan en ningún grado en el trabajo de científicos pertenecientes a su universidad particular, ni estos científicos, por el otro, hacen uso especial del trabajo de sus escuelas técnicas asociadas. En cualquier caso la fuente en que se nutren es la bibliografía generalizada sobre el tema, el cuerpo de materiales disponibles en general, no el trabajo de individuos pertenecientes a determinadas escuelas. Las generalizaciones de la ciencia son indispensables para los técnicos, pero de lo que se sirven es del cuerpo general de la ciencia, con independencia de lo que una universidad dada ha tenido que ver con el trabajo del cual surgió un ítem particular de información científica. Este material científico tampoco les resulta de utilidad a los tecnólogos para el progreso posterior de la ciencia. Para ellos los resultados científicos son datos, materiales crudos que habrán de ponerse al servicio de un uso práctico; no son medios a través de los cuales se haga avanzar la búsqueda científica para obtener resultados posteriores.

De manera análoga, las profesiones y las escuelas técnicas aportan datos valiosos para los académicos y científicos activos, información que sirve como material de investigación o que al menos será útil como medio de expandir, corregir, verificar y correlacionar las líneas de investigación con las cuales están comprometidos. Pero el efecto posterior de estos hechos sobre los asuntos de la vida, su provecho o inutilidad, carece de interés o de consecuencias. Los asuntos de la vida, salvo los del saber, no alcanzan al interés del hombre de universidad en cuanto académico o científico. Lo importante para él en todos estos asuntos de que se ocupan las profesiones y los tecnólogos, es su pertinencia respecto de todos aquellos hechos a que le ha llevado su interés científico. Las pruebas y experimentos que se llevan a cabo en estas escuelas técnicas, al igual que las experiencias recogidas por los miembros de su personal, le darán ocasionalmente material para ulteriores investigaciones o medios para comprobar los resultados ya alcanzados, pero no acudirá de preferencia a ninguna escuela técnica a buscar ese material, y resulta ocioso preguntar si la fuente de tal información es una de las escuelas pertenecientes a su propia universidad. El investigador busca su material donde pueda, lo que equivale a decir que se vale del cuerpo general del conocimiento técnico, sin detenerse a pensar si una escuela técnica particular ha tenido relación alguna o no con la información que le resulta útil.

Ni para el hombre comprometido con el trabajo universitario ni para las escuelas técnicas que en ocasiones puedan servirle de fuente de material, existe ventaja alguna derivada de su inclusión en el establecimiento universitario. En verdad y como ya se ha dicho, va en detrimento de ambas partes y sobre todo del universitario. Al incluir las escuelas técnicas y profesionales en la corporación universitaria, el tecnólogo y el profesional pertenecientes a tales escuelas quedan necesariamente incluidos en el personal universitario, y de esta manera a la larga llegan a participar en la dirección de los asuntos académicos. En lo que hagan para moldear las políticas académicas no sólo contarán por lo que valen, sino que probablemente tendrán más de su cuota en este aspecto, porque hasta cierto punto están entrenados para la conducción de los negocios, y así participan de la deferencia que corrientemente se da a los hombres de negocios, a la vez que su entrenamiento práctico les concede ventajas sobre sus colegas eminentemente académicos a través de la mayor seguridad y destreza con que son capaces de presentar sus argumentos. En virtud de este mismo entrenamiento, así como por la fuerza del interés práctico corriente, el tecnólogo y el profesional, como todo hombre de negocios, son impacientes por necesidad y hábito con todo trabajo académico y científico que no se preste a algún tipo

de uso práctico. El tecnólogo aprecia lo que mecánicamente es útil; el profesional —el abogado por ejemplo— aprecia lo que promete ganancia pecuniaria, y los dos se unen con el hombre de negocios para repudiar todo aquello que no apunte hacia ese resultado utilitario. De suerte que como miembros de la comunidad académica, todos ellos harán probablemente uso de su peso para desviar las fuerzas de la universidad de la ciencia y de la erudición académica desinteresadas hacia aquellos fines palpablemente utilitarios.

Pero las activas medidas adoptadas por las autoridades académicas a instancias de los maestros de escuela y de los hombres “prácticos”, no son de ninguna manera el único aspecto cuya presencia afecta la corporación universitaria. La íntima asociación con estos “utilitario~”, tiene inevitablemente un efecto corruptor sobre los científicos y académicos, sesgándolos hacia los resultados “prácticos” de su trabajo; de modo que ya no pueden proseguir su saber superior con un interés indiviso, sino más o menos con un ojo sobre la principal oportunidad utilitaria, por lo que las ventajas de la especialización, que constituyen la razón de ser de estas escuelas, se pierden, y el orgullo de la comunidad moderna queda herido en su punto más sensible: la eficiencia de sus especialistas.

Por otro lado también, la incorporación informal de estos profesionales y tecnólogos al cuerpo académico, con sus confesos e ingenuos intereses académicos por el saber, tiene sus consecuencias sobre su propio esquema mental. Sin proponérselo, están colocados en una falsa posición que inevitablemente los lleva a cortejar una engañosa erudición académica, invistiendo su disciplina tecnológica con un grado de pedantería y de sofisticación con lo cual esperan dar a sus instituciones y a su trabajo cierto prestigio académico y científico, elevándolo así a la dignidad que presumiblemente va pareja con la búsqueda no utilitaria del saber. Sin duda que esta búsqueda del prestigio académico tiene en general éxito, hasta el punto de producir la convicción deseada de inducir temor reverencial en el vulgo, que no tiene conciencia de la diferencia. Pero toda esta erudición académica simulada, sin atender al éxito que pueda alcanzar en su montaje, no es lo que se quiere que sean estas instituciones, o al menos no es lo que se espera de ellas, ni es tampoco lo que pueden hacer mejor y con más eficiencia.

En beneficio de ambas partes, aunque con detrimento del orgullo de las dos, la separación entre la universidad y la escuela técnica debe llevarse hasta sus últimas consecuencias y debe ser absoluta. Sólo cuando se tengan estas condiciones podrán la una y la otra llevar a cabo su manera esmerada. Dentro de los recintos universitarios, cualquier objetivo o interés diferente de la ciencia irresponsable y de la erudición académica —la búsqueda del conocimiento práctico— deben catalogarse como intrusiones.

IV

Origen y desarrollo de la universidad. El dominio de los aspectos prácticos y utilitarios en los tiempos bárbaros. Paulatino ascenso de la curiosidad ociosa en las instituciones de educación superior. El pregrado en general, y las escuelas profesionales y técnicas en particular, tienen sus propias demandas que los alejan la vida universitaria propiamente dicha.

A todo lo anterior los maestros de escuela y los utilitaristas objetan con el argumento fácil de que tal proyecto es fantástico e impráctico, inútil e indeseable; que esa no ha sido la

misión de la universidad en el pasado y que tampoco ese ha sido el lugar y uso del sistema educativo de ayer y de hoy; que desde su fundación las universidades de la cristiandad se han ocupado del entrenamiento profesional y del saber útil; que se fundaron para buscar propósitos utilitarios y que su trabajo ha sido orientado principal o totalmente por consideraciones utilitarias —todo lo cual puede aceptarse sin mayores discusiones. El argumento histórico no va más allá de decir que las universidades se fundaron antes de que la civilización moderna adquiriera su carácter actual, antes de que la búsqueda desinteresada del saber hubiese llegado a tener el primer lugar entre los ideales de la humanidad civilizada, y que fueron establecidas para atender aquellos intereses que entonces se consideraban de primera importancia, y que la empresa intelectual de búsqueda del saber desinteresado no estaba, en consecuencia, confiada a ningún establecimiento especial o reconocida espontáneamente como un interés legítimo por sí mismo.

Es verdad que por accidente histórico la universidad se ha desarrollado en general a partir de las escuelas de entrenamiento profesional, las de teología principalmente, y en forma secundaria de las de medicina y derecho. Es también verdad que en el mismo grado y en igual medida la ciencia y el trabajo académico modernos han tenido su origen en la tecnología de los artesanos y en la teología filosófica de los maestros medievales⁷. Pero así como es tarea inútil reducir la ciencia moderna a la tecnología de las artes manuales, sería una tontería gratuita podar la universidad moderna hasta esa fase rudimentaria de su historia y convertirla en una corporación para el entrenamiento de teólogos, juristas y doctores en medicina. El argumento histórico no ordena una vuelta al comienzo de las cosas, sino más bien una apreciación inteligente de su rumbo.

La génesis de la universidad en general, considerada como una institución de la vida civilizada, es un incidente de la transición de la cultura bárbara de la Edad Media a los tiempos modernos, y su crecimiento posterior y la adquisición de su carácter, constituyen un episodio del crecimiento adicional de la civilización moderna —y el carácter de este ulterior crecimiento de la universidad, refleja la inclinación de la civilización moderna en contraste con el espíritu bárbaro de las cosas en el mundo espiritual medieval.

De manera general, el lugar de la universidad en la cultura de la cristiandad es esencialmente el mismo que ha tenido desde sus orígenes. Idealmente, y en la percepción popular, es —como siempre lo ha sido- una corporación para el cultivo y cuidado de las aspiraciones e ideales más elevados de la comunidad. Pero estos ideales y aspiraciones han variado en cierta medida con el cambio del esquema de la civilización occidental; y así la universidad ha cambiado de modo concomitante en su carácter, objetivos e ideales para seguir siendo el órgano corporativo de los intereses intelectuales dominantes de la comunidad. Al mismo tiempo, es verdad, que estas mutaciones en el propósito y el espíritu de la universidad siempre han sido, y siempre se hacen, de modo tardío, a regañadientes y haciendo concesiones contra las protestas de quienes se muestran celosos de los lugares comunes de los días anteriores. Tal es el carácter del crecimiento institucional y del cambio, y en su adaptación a los alterados requisitos de un esquema cultural igualmente alterado, la universidad ha estado sujeta al respecto a las condiciones del crecimiento institucional en general. Después de todo, una institución es un hábito generalizado del pensamiento, y como

⁷ Cf. *The Instinct of Workmanship*, caps. vi, vii.

tal está sujeta a las condiciones y a las limitaciones que rodean cualquier cambio en el marco del pensamiento habitual dominante en la comunidad.

La universidad del medioevo y de los primeros tiempos modernos, es decir la universidad bárbara, se entregó necesariamente a las disciplinas pragmáticas y utilitarias, porque tal es la naturaleza del barbarismo; y la universidad bárbara no es sino otra expresión algo sublimada de la misma mentalidad bárbara. La cultura bárbara es pragmática, utilitaria, mundana y su saber participa de la misma naturaleza. El bárbaro, antiguo o moderno, es típicamente un pragmático redomado; tal es el rasgo espiritual que más profundamente lo distingue del salvaje por un lado, y del hombre civilizado por el otro. “Pone una cara entusiasta y sin preocupaciones ante las necesidades inmediatas de las cosas

La antigua era de la barbarie europea, los tiempos oscuros y medievales, se distingue de la que le antecedió y de la que le siguió en la secuencia cultural, por un rígido espíritu utilitario. El rasgo dominante de aquella época es que los hombres hicieron de los medios de vida un fin. Quizás resulte inútil recordar que mucho de ese ánimo aún sobrevive en la vida civilizada, especialmente en cuanto su esquema de vida está encarnado en el sistema competitivo. En los tiempos antiguos, la sagacidad y la utilidad prácticas de cualquier conocimiento adquirido, su influencia sobre las ventajas individuales, espirituales o corporales, eran la consideración reinante, como nunca antes ni tampoco después. Los mejores de ese mundo no se avergonzaban en confesar que el mayor motivo de su conducta estaba en su limitada solicitud para la salvación de su alma, y ha quedado muy en claro que en todas sus especulaciones se sentían incapaces de aceptar como finales otro motivo o sanción diferentes en cualquier empresa. Santo o pecador por igual no tuvieron regla más elevada que la utilidad, para este mundo y el venidero. Y en cuanto a eso, aún sigue siendo lo mismo para el santo y el pecador, que componen con mucho el material humano más corriente de la comunidad moderna —aunque ambos, el santo y el pecador de la comunidad moderna, sobre todo por vergonzante ocultación, arrastran una creciente línea colateral de otros intereses más generales que no guardan mucho mérito en cuanto a su utilidad, sea para este mundo o para el otro. Bajo la regla de tal ideal cultural, la corporación de enseñanza no podía adoptar una posición clara, salvo como establecimiento de la instrucción utilitaria cuyos resultados prácticos eran la única prueba manifiesta de su competencia. Y así deberá seguir siendo de acuerdo con las aspiraciones declaradas de los elementos comunes más añejos de la comunidad actual. Es verdad que por ocultación, y por una sofisticada inclusión de algunas líneas prácticas ostensibles de interés e investigación, los universitarios de los primeros tiempos consagraron lo mejor de su esfuerzo a asuntos de erudición desinteresada que no tenían mayor relevancia sobre un determinado deseo humano salvo una curiosidad ociosa; y por un giro semejante de ocultación y sofisticación, los voceros tardíos del ideal bárbaro confieren un complaciente crédito a los “triumfos de la ciencia moderna” que nada tienen, salvo una influencia ostensible sobre cualquier asunto de utilidad práctica, y acuden a las universidades para que continúen su trabajo de curiosidad ociosa bajo algún plausible pretexto de practicidad.

De modo que la universidad de esa era se organizó más o menos como una federación amplia de escuelas profesionales o facultades dedicadas a las ramas del conocimiento práctico que demandaban los intereses utilitarios dominantes de entonces. Bajo esta ensombrecedora tradición bárbara, se iniciaron las universidades de los primeros tiempos modernos como un plan confeso de adoctrinamiento en los medios y recursos de la salvación espiritual y temporal, individual y colectiva —en una especie de escuela de ingeniería, pri-

mariamente en teología y de manera secundaria en derecho y política, y luego en medicina y en las demás profesiones que satisfacen directamente un interés utilitario. Después de asentada la moda de universidad que respondía a tales ideales y aspiraciones, su patrón adquirió un grado de autenticidad y prescripción, de modo que los posteriores seminarios del saber se desarrollaron incuestionablemente sobre los mismos lineamientos. Y los cambios posteriores de las políticas y de las prácticas académicas, como la exigencia de un mayor interés por los aspectos culturales e ideales, se han hecho sólo de modo renuente y con sospechosa desconfianza, de manera gradual y con tortuosa sofisticación. Así que buena parte del trabajo científico no utilitario indispensable para la supervivencia de la universidad en las condiciones modernas, se encuentra en los programas de las facultades de medicina, derecho e inclusive de teología.

Pero la propensión humana a investigar en las cosas, independientemente de su uso o conveniencia, se insinuó desde un comienzo entre los expositores de la sabiduría mundana. Y desde sus inicios esta demanda del conocimiento ocioso ha buscado asilo en la universidad como el único establecimiento en donde puede encontrar, aún con sufrimiento, un domicilio, y alcanzar así ese apoyo de empresa intelectual permanente que pasa de generación en generación de académicos indispensables para el avance del conocimiento. Bajo el régimen de objetivos pragmáticos absolutos que caracterizaron a la universidad europea de las primeras épocas, esta búsqueda del conocimiento por sí mismo se desarrolló como el trabajo de prestación gratuita académica de hombres cuya única ocupación ostensible era la promulgación de alguna línea acreditada de información sana. Con frecuencia era necesario llevarla a cabo bajo un disfraz de carácter práctico. Sin embargo, el espíritu de conocimiento ocioso ha demostrado ser tan persistente y estar tan en consonancia con los requerimientos a largo plazo, inclusive entre los legos, que el disimulo y el contrabando de conocimiento desinteresado se han hecho más abiertos y a un ritmo de crecientes ganancias; hasta que al final la atención concedida a la erudición académica y a las ciencias no utilitarias ha llegado, en estos establecimientos, a exceder a la que se prestaba a las disciplinas prácticas en cuyo beneficio se fundaron originalmente las facultades. Con el tiempo y con las sucesivas mutaciones culturales por las cuales han pasado las comunidades —con el desplazamiento del centro de interés, la llegada de nuevos ideales de erudición académica, el surgimiento de la textura cultural moderna— aquellos propósitos de tosca conveniencia que tuvieron tanto peso y fueron tan comunes en las tempranas políticas académicas, insensiblemente cayeron en el rango de ocasionales. Y lo que alguna vez fuera ocasional, o aún objeto de subrepticia tolerancia en la universidad, permanece hoy como el único deber inequívoco de la corporación del saber, y se destaca como el rasgo característico sin el cual ningún establecimiento puede reclamar el rango de universidad.

La filosofía —el cuerpo declarado de ciencia teórica de la tardía Edad Media- se desarrolló a partir de las especulaciones teológicas de los escolásticos como derivación de un cuerpo de refinamientos del esquema divino de salvación, y con miras a un silencioso título, y a hacer manifiesta su devoción por el mayor bien de la conveniencia escatológica, esos ingeniosos especuladores se contentaron con proclamar que su filosofía era la sierva de la teología — *Philosophia theologiae ancillans*. Pero su filosofía ha caído en el alambique de la curiosidad ociosa y ha dado origen a un cuerpo de ciencia moderna, impráctica y sin Dios, que no tiene efecto, ostensible o pretendido, sobre la fortuna religiosa de la humanidad, y su máxima santurrón se aceptaría hoy más como tema de una jocosa quintilla que como asunto de homilía. Excepto en el grado, la fortuna de las disciplinas pragmáticas temporales, en

derecho y medicina, ha sido igual a la de su hermana mayor, la teología. El profesionalismo y la utilidad práctica han ido desplazándose gradualmente a la retaguardia de los intereses académicos sobrecargados de investigación cuasiutilitaria —como la historia de la jurisprudencia, la fisiología comparada y demás. De hecho, han sido grandemente eliminados⁸.

Los cambios que se han producido en este sentido han ido más allá y han producido un efecto considerable en aquellas comunidades que más se han dejado influir por el espíritu de la moderna civilización pacífica. Es en las comunidades y en las escuelas más atrasadas que el ánimo bárbaro del utilitarismo se mantiene en un estado más puro, sea que se ocupe de aspectos de interés temporal o espiritual. Con los últimos avances de la cultura, a medida que el interés intelectual ha desplazado gradualmente a los viejos ideales—impidiendo episodios reaccionarios aquí y allá— la universidad ha venido a ocupar progresivamente su lugar como sede del saber superior, como una corporación para la búsqueda del conocimiento; y evitando ocasionales contramarchas, una y otra vez afirma como necesidad imperativa y de manera más y más consistente, que el espíritu de la investigación desinteresada debe tener un libre juego en estos seminarios del saber superior, sin intenciones ulteriores en cuanto a las consecuencias prácticas o utilitarias que esta investigación libre pueda tener para el entrenamiento profesional o para el temperamento social, civil o religioso de los estudiantes o del resto de la comunidad. Nada es sentido como algo más nefasto en la política académica, como el sesgo coercitivo de tipo religioso —o el político, convencional o profesional, en la medida en que tiene que ver con la búsqueda del conocimiento que al final constituye el interés primordial de la universidad.

Desde luego que el entrenamiento profesional, y el trabajo tecnológico en general, no han perdido terreno, ya sea en el volumen y en el rigor de sus exigencias como en la atención otorgada a su vocación profesional. Pero en el círculo de los intereses académicos estas disciplinas utilitarias han perdido su lugar preferencial y han sido dejadas de lado; hasta el punto de las escuelas profesionales y las técnicas se consideran ahora como miembros adjuntos, no integrales, de la corporación universitaria. Tal es el sentido inequívoco de este asunto entre los académicos. A la vez, estas escuelas profesionales han asumido progresivamente, una y otra, una estructura más distintiva, independiente y cerrada, una existencia corporativa individual, autónoma y académicamente autosuficiente, inclusive en aquellos casos en que las más tenaces se han aferrado a su conexión formal con la corporación universitaria. Ellas han alcanzado una fase madura de organización con un tipo de personal y control particulares para atender a sus propias necesidades, y en efecto, han salido de la tutela de las organizaciones académicas más amplias, de las cuales hicieron parte substancial en sus tempranos días. Como grupo, estas escuelas tienen más en común entre sí que las que en conjunto tienen con los objetivos y los métodos que caracterizan propiamente la universidad. De hecho están preparadas y son competentes para proseguir sus propias obligaciones —en realidad, en común se sienten agraviadas de cualquier interferencia o supervisión efectivas del lado de la corporación académica de la cual nominalmente continúan siendo parte, e insisten en seguir su propio camino y organizar sus

⁸ Con la actual tendencia reaccionaria en las cuestiones políticas y civiles hacia los hábitos y las políticas del pensamiento bárbaro medieval de la madre patria, se ha venido a evidenciar una especie de cambio correlativo en las universidades alemanas; de modo que lo que es esencialmente “ciencia cameralista” —entrenamiento e información para posibles funcionarios públicos y magistrados policiales— está desplazando en grado apreciable la investigación desinteresada en el campo de la economía y de la teoría política. Esto es particularmente cierto en aquellas corporaciones que están muy cerca del *Cultus Ministerium*

propios asuntos como mejor les parece. En el mejor de los casos, su conexión con la universidad es superficial y meramente formal en lo que respecta al control substancial de sus asuntos y políticas por las autoridades generales de la universidad; es sólo en sus interferencias con las políticas académicas, y en la inyección de sus propios sesgos en los asuntos de la universidad, como pueden contar en cuanto miembros partícipes del cuerpo académico. Lo que se ha dicho a este respecto de las escuelas profesionales y técnicas, sigue siendo válido para los programas de pregrado.

Resulta factible tener una universidad sin escuelas profesionales y sin un departamento de pregrado, pero no es posible tener una sin la debida previsión para el saber superior no utilitario como núcleo alrededor del cual se agrupan las disciplinas utilitarias. Y todo esto a pesar de los solícitos esfuerzos de las escuelas profesionales para validar su pretensión de ser el centro de la corporación.

V

Lo “práctico” como valor dominante de la sociedad moderna. Su incidencia en la orientación de las universidades americanas. El lugar preponderante de la Iglesia y el Estado en el pasado, ha sido ocupado en nuestros días por el tráfico pecuniario y la empresa comercial.

Como ya se ha insinuado, existen dos razones principales que explican el prolongado y tenaz vínculo entre estas escuelas y las universidades: a) una antigua tradición robustecida por la diligente ambición de la dirección universitaria de presentar una demostración de tamaño, y b) la ansiedad de estas escuelas por asegurar cierto grado de legitimación académica mediante una unión formal con el asiento del saber. Estos dos motivos han empujado las cosas en la dirección reaccionaria de manera efectiva y extrema. Así, por ejemplo, las oportunidades de intriga y de clamor extrauniversitario han impulsado en los últimos tiempos como directivos a ciertos individuos de inmoderada “practicidad”, y algunos —siguiendo la antigua moda bárbara—, han llegado hasta el extremo de confesar una intención reaccionaria de convertir la universidad en un enjambre de facultades o de escuelas profesionales⁹. Pero esta política de retorno a las crudezas ya superadas resulta a la larga inconcebible bajo las condiciones modernas. Puede servir como excelente expediente transitorio en una campaña de popularidad, y este parece haber sido su propósito principal cuando se ha defendido esta clase de movimiento, pero se queda en la superficie y no puede ofrecer ni esperanza ni temor de un permanente desvío en la dirección defendida.

En la comunidad moderna, bajo la tensión del sistema de precios y las necesidades de la ganancia y el gasto competitivos, muchos hombres y mujeres se ven impulsados, en todos los aspectos, por un habitual sesgo en favor de una eficiencia superior “práctica” de la educación; es decir, por una desmedida devoción simplista hacia las necesidades de ganancia y consumo. Existe, sin duda, mucho de este espíritu en la comunidad externa, y cualquier candidato en busca del favor y el prestigio populares, encuentra ventajoso conciliar sentimientos de esta clase. Pero a la vez existe en la comunidad desde hace tiempo una inclinación igualmente generalizada de otra clase, que no tolerará por mucho tiempo los

⁹ Cf. Some considerations on the function of the state University” (discurso de posesion de Edmund Janes Jamrs, Ph. D., LL.D), since, noviembre 17 de 1905.

sórdidos efectos de seguir una política educativa que esté únicamente a la caza de su propio provecho, y que sin reservas convierta los medios de vida en fines. En virtud de esta corriente idealista de largo plazo, cualquier seminario del saber que proceda de una manera poco sincera con los intereses culturales que se le han confiado, pierde casta y sale de la corrida. Parece que las universidades que están sujetas a una reversión experimental hacia el vocacionalismo, retornarán inevitablemente al tipo no profesional, so pena de caer en un total descrédito. Se han dado otras instancias sorprendentes, pero las actuales nociones de delicadeza impiden la mención de nombres y fechas. Y si bien la firme corriente de la inclinación idealista moderna no permite que las universidades se desvíen hacia este tipo de culto de Mammona, los infatigables esfuerzos de los “educadores” que buscan el prestigio en la sabiduría mundana resultan en el mejor de los casos en un estado fluctuante de compromiso, en el cual los efectos perjudiciales de la popularidad de tales posturas se ven continuamente superados por la corriente de la práctica académica.

Este punto es ilustrado en el caso de las universidades estatales americanas como una clase, aunque la ilustración no es del todo convincente. La mayor parte de estas escuelas estatales no son, o no lo son todavía, universidades salvo de nombre. Generalmente, estos establecimientos se han fundado con un propósito utilitario declarado y han comenzado con el entrenamiento profesional como su objetivo central. El propósito que con más frecuencia se ha enunciado en su constitución ha sido el de entrenar jóvenes para que se desempeñen con provecho en alguna ocupación rentable, y junto a ello se han dado muchas expresiones semíarticuladas de que se concederá atención a los intereses culturales por los mismos medios. Ellos han sido presentados por políticos que buscan la aclamación popular y no por aquellos que tienen una visión académica o científica, y su administración se ha confiado con frecuencia a intrigantes expertos con escasas credenciales académicas. La fundación de estos establecimientos ha sido el trabajo de políticos prácticos con miras a conciliar la buena voluntad de sus profanos electores que piden a gritos cosas palpablemente “útiles”, es decir, pecuniariamente provechosas. Así, estos expertos en prestigio político a corto plazo, han asegurado el futuro de escuelas de carácter “práctico”, y las han llamado “universidades” porque el nombre porta un aire de reputación académica, de superior clase, de más trascendencia que cualquier desnuda confesión de práctica material que pueda dárseles. Sin embargo, en aquellos casos en las que el paso del tiempo ha permitido que se dé un reajuste, estas “quasi” universidades fundadas por hombres de negocios de craso “practicismo”, y como respuesta a las exigencias utilitarias de unos electores políticamente analfabetas, han seguido un curso cada vez más académico de carácter no utilitario y poco a poco han llegado a ubicarse en la línea de universidades que reclaman su lugar entre los seminarios del saber superior. La corriente a largo plazo de los ideales culturales modernos no les deja a estas escuelas un lugar de reposo lejos del tipo universitario, empero todavía se puede encontrar un buen número de ellas a gran distancia del cumplimiento de tal proceso.

Lo que acaba de decirse del lugar que ocupa la universidad en la civilización moderna, y más específicamente de la manera como debe llenar su lugar, puede parecer un esbozo algo imaginativo. Con toda seguridad no es una descripción detallada de un caso concreto, y menos todavía de una determinada universidad norteamericana, ni describe con fidelidad las líneas políticas que siguen en la actualidad los directivos de tales establecimientos. Sin embargo, es fiel a los hechos tomados en su generalidad, y describe el tipo de universidad hacia el cual inevitablemente gravitan las escuelas americanas a causa del impulso idealista a largo plazo de la comunidad, en cuanto su rumbo no es corregido y neutralizado continuamente por autoridades vigilantes, que por motivos propios, buscan de una u otra

manera sacar algún provecho de la universidad. Describe una institución ideal; no necesariamente un ideal alimentado por un individuo, sino el ideal comprendido en el esquema de la moderna civilización, que ha evolucionado lógicamente del desarrollo histórico de la civilización occidental hasta nuestros días, y visible para cualquiera que de forma desapasionada se distancie y observe la corriente de los últimos acontecimientos que tienen que ver con el avance y conservación del saber superior.

Muchos, si no la mayoría de quienes se ocupan de la orientación de los asuntos universitarios, repudiarían la proyección de tal ideal por considerarlo demasiado estrecho e impráctico como para que tenga cabida en el esquema moderno de las cosas, lo que es, por encima de todo, una cultura de los negocios; que no pone en marcha lo que debiera encarar quien lleve el bien de la humanidad en el corazón, o quien en algún grado sensible aprecie el verdadero valor del trabajo en contraste con la fineza intelectualmente ociosa del científico confirmado o del hombre de letras. Quizás estas y otras objeciones similares sean tenidas en cuenta. En un sentido ulterior, la pregunta de qué debe pretenderse después de la determinación de política académica y de la conducción de los asuntos académicos, no coincidirá, sin embargo, con la otra pregunta que tiene que ver con qué se está logrando con estas premisas, por un lado, ni hacia dónde se orientan las aspiraciones culturales del hombre civilizado, por el otro.

Ahora, no se intenta discutir aquí los méritos de los ideales culturales actuales en contraste con lo que, en otro sentido, debiera buscarse si la corriente de las aspiraciones e impulsos de hoy permitieran que se pusiese en acción un ideal diferente. Se pretende tan sólo dar a conocer qué lugar, para bien o para mal, ocupan el saber superior y la universidad en el esquema actual de la civilización occidental, en cuanto se halla determinado por ese cuerpo de proclividades y aspiraciones instintivas que mantienen a esta civilización dentro del curso que sigue en nuestros días; y más aún, demostrar cómo y hasta dónde ciertos factores culturales comprendidos en este esquema moderno de vida ayudan o entorpecen la realización de este ideal que las aspiraciones e inclinaciones del hombre les hacen valederas. El boceto presentado aquí para caracterizar la universidad y sus tareas, se esfuerza entonces por tener en cuenta el consenso de la comunidad de impulsos y deseos relacionados con el carácter y los objetivos que deben impulsar los seminarios del saber superior, a la vez que excluyen todos aquellos intereses subsidiarios o extraños en cuyo favor no se ve que prevalezca tal consenso.

Existen muchos de estos intereses cotidianos extraños al saber superior, muchos de los cuales pueden ser urgentes y bastante buenos en sí mismos; y si bien no es necesario que ellos estén en contra de los propósitos del saber superior, son extraños a esa búsqueda desinteresada del conocimiento en la cual culmina la propensión cultural característica de la civilización moderna. Estos son evidentes, insistentes y palpables y no es necesario sentir temor de su obstinación. La predilección intelectual —la curiosidad ociosa— cumple y hace valer sus derechos cuando otras búsquedas de naturaleza más temporal y de más inmediata urgencia liberan al hombre para que se interese por los fines últimos y los valores de la vida; mientras que los intereses transitorios, las preocupaciones por los medios y arbitrios de la vida son urgentes e inmediatos, y ocupan la mayor parte del pensamiento y la energía del hombre durante la mayor parte de su vida. La cuestión de los medios y arbitrios materiales, y los requerimientos detallados del trabajo diario, están siempre presentes y siempre retan las pretensiones de cualquier fin ulterior declarado; y a causa de la tenaz habituación del actual sistema competitivo de adquisición y de gasto, induce a todas las clases a un sesgo de tal

peso que las lleva a exagerar el valor de los medios y arbitrios en contraste con los fines para los cuales estos medios y arbitrios fueron diseñados.

De esta manera una y otra clase, sesgadas por las preocupaciones habituales de clase, apuntarán a desviar el equipamiento académico hacia algún uso particular cuyo hábito les ha traído una alta estimación, o a incluir en la disciplina académica varios énfasis de investigación y entrenamiento ajenas al saber superior, que la clase en cuestión tanto quiere en el fondo. Tomándolas, sin embargo, una por una, no existe un consenso general y permanente entre las diversas clases de la comunidad en favor de desviar el establecimiento académico hacia otros usos específicos, o de incluir en el trabajo particular de la universidad nada que vaya más allá de la búsqueda del conocimiento por sí mismo.

A propósito, se podría subrayar que la humanidad civilizada ha puesto sus esperanzas en esta cacería después de que el conocimiento fugitivo de hechos intrascendentes le han dado poco crédito a la carrera o al esquema de la cultura centrada en el culto de la curiosidad ociosa. Y quizás sea justo reconocer, lo mismo que a la comunidad de la cual hacen parte, que los voceros de algún ideal tangible, de alguna aspiración materialmente oportuna que encarne una sabiduría más mundana, están urgiendo siempre a las instituciones de educación superior a emprender acciones de tipo claramente ventajosas. Pero, para bien o para mal, el paso del tiempo pone de manifiesto que estos sobrios y sensibles rumbos políticos así defendidos, son después de todo, esencialmente extraños, si no foráneos, a los propósitos por los que debe conservarse la universidad, según los fundamentos proporcionados por los hábitos de pensamiento predominante en la moderna comunidad civilizada.

Uno y otro de estos intereses "prácticos" y de conveniencia, han llegado a estar de manera temporal en los primeros lugares de las políticas académicas, y en su momento han dado un giro particular a la búsqueda del conocimiento del cual se ocupan las universidades. Como ya se ha anotado, de estos intereses extraños los dos más notables han sido los eclesiásticos y los políticos. Pero a la larga, todos estos variados intereses e ideales han demostrado ser solamente elementos partidistas en el esquema de la cultura y han perdido su voz preferencial en la configuración de la vida académica. El lugar en la estimación del hombre que alguna vez ocuparon la Iglesia y el Estado, lo detentan ahora el tráfico pecuario y la empresa comercial. Los aspectos más graves de la política académica que ahora imponen el juicio de los poderes directivos, se reducen en lo principal a una cuestión entre las pretensiones de la ciencia y la academia, de una parte, y a las pretensiones de los principios empresariales y de utilidad pecuniaria, por la otra. De una u otra forma este problema de ajuste, reconciliación o negociación entre las necesidades del saber superior y las demandas de la empresa estarán siempre presentes en las discusiones de las juntas directivas de las universidades. Esta cuestión reúne en su red todos aquellos sorprendentes detalles del expediente que ahora reclaman la atención de los cuerpos directivos.

VI

Los retos de la educación superior en el período de posguerra. La pérdida de la moral en los grupos intelectuales. Situación negativa de la ciencia y la erudición alemanas. Papel de los científicos norteamericanos ante la crisis de la comunidad científica internacional. Estrategias para ayudar a los científicos europeos y a las instituciones del saber superior.

Desde que se escribieron los párrafos anteriores, la comunidad académica americana se ha visto lanzada a una posición nueva y particular debido a las fortunas de la guerra. El progreso y la expectativa que siguen al período bélico prometen nuevas responsabilidades no conocidas y oportunidades sin paralelo. De modo que el panorama de hoy en día (junio de 1918) parecería ser que los americanos van a ocupar un lugar sobresaliente en la república del conocimiento; a adoptar una posición no tanto de dominio como de confianza y tutela: no debido a sus méritos superiores como por la situación de insolvencia de la comunidad académica europea.

No se trata una vez más de esperar que la guerra vaya a extinguir el curso de los académicos y científicos europeos, aunque no se deben negar las serias incursiones de la guerra en la gran mortalidad de hombres de letras europeos como en la desaparición de los jóvenes en los cuales descansaban las esperanzas del saber superior de la nueva generación. Existe por lo demás una seria distracción de las nuevas energías intelectuales hacia urgentes y transitorias tareas de naturaleza efímera y material. Pero posiblemente la más siniestra de todas las pérdidas que puedan reducirse a estadísticas y números, sea la actual y futura pérdida de la moral.

Sería sin duda difícil y arriesgado ofrecer la evaluación de una presunta pérdida de la moral, por lo que habría que esperar que la desintegrada comunidad europea de eruditos salga de estos agitados tiempos. Pero no puede negarse, y no tiene sentido desconocer el hecho que hay mucho por saldar en el ramo de la caída de la eficiencia agregada y en el de la pérdida del espíritu de equipo.

En estos tres o cuatro últimos años ha habido una gran desilusión en las naciones cristianas en relación con el temperamento y la confiabilidad en el mundo académico alemán, y está fuera de todo cálculo qué posterior cambio de sentimiento a este respecto habrá de buscarse sobre la misma línea de experiencia en el curso de un período dado de dos años. Sin lugar a dudas, los académicos alemanes, y por consiguiente las sedes del saber alemán cuyas criaturas y guardianes son estos mismos académicos, se han ganado buena parte de la desconfianza y la desaprobación que les ha caído en sus manos. No hay que pasar por alto que han demostrado la fragilidad de su autoridad sobre los principios elementales de sobriedad y sencillez que subrayan todo trabajo sólido en el campo del saber. Para quien lleve en su corazón el interés por el saber superior, el espectáculo del chauvinismo sensiblero y la inflada insolencia puesta incesantemente a la vista por los líderes putativos de la ciencia y la erudición alemanas, no puede ser sino desalentador en extremo.

Puede alegarse, y desde luego puede ser cierto, que buena parte del fracaso de la inteligencia y de la fuerza espiritual de los científicos alemanes sea un eclipse transitorio de sus poderes, y que con la llegada de las condiciones estables retornen el aplomo y su gran penetración. Pero después de haber escuchado todos los argumentos, aún sigue siendo verdad que la desconfianza progresa en la mente de sus vecinos por aquella soberbia exhibición de su ecuación personal, lo que redundará por mucho tiempo en la descalificación de los académicos alemanes como una fuerza a ser tenida en cuenta en el trabajo de equipo, esencial para el progreso del saber. En efecto, es de esperar que Alemania y sus aliados en esta empresa bélica, se hallarán a este respecto en bancarrota cuando retorne la paz, aún más que otras naciones.

Estos otros tampoco han escapado al toque del ángel de la decadencia, pero allí la corrupción visible de los valores espirituales e intelectuales no llega tan lejos —ni han tenido que sufrir un costo tan alto por su anhelado poder del hombre del mundo académico. Todo esto se reduce a una cuestión de grado y de decadencia diferencial, que corren parejas con el fracaso de la organización corporativa y de las prácticas y canales de comunicación y cooperación. La autosuficiencia chauvinista y el desprecio de sus vecinos no han llegado tan hondo y tan lejos entre las otras naciones; aunque una vez más aquí sólo se trata del relativo grado de inmunidad de que ellas gozan.

Y todo esto es aplicable a los americanos, salvo que ellos no han estado expuestos, al menos hasta ahora, al mismo grado de infortunio que cualquiera de los demás pueblos con los cuales se los ha estado comparando aquí. Por supuesto que no resulta fácil conjeturar qué pueda ocurrirles, como tampoco a los otros, pero a juzgar por el curso de los hechos, y bajo el indicio del futuro predecible, no es de esperar que los americanos hayan de sufrir hasta un extremo tan riguroso de dilapidación como los pueblos europeos —aún lejos del notable y diabólico caso de los alemanes. Hasta ahora aquí la tensión ha sido menor, y promete continuar así no obstante que la guerra se prolongue algún tiempo. Después de todo, los americanos están algo protegidos del impacto; y tan pronto como la histérica ansiedad producida por el choque haya tenido tiempo de asentarse, es de esperar que este pueblo sea con sobriedad capaz de tener confianza en sus activos y descubrir que sus posesiones en el dominio de la ciencia y del saber están, en lo esencial, todavía intactas.

No quiere esto decir que no haya habido pérdidas o que no haya de observarse cierto desorden; pero en comparación con lo que la experiencia de la guerra les ha traído a los europeos, el caso de los americanos sigue siendo el mejor que pueda encontrarse, y por fuerza lo mejor es siempre bastante bueno. Así las cosas, surge la pregunta de qué harán los americanos con la mejor oportunidad que las circunstancias les ofrecen. Y sobre la dirección de sus asuntos en esta cuestión, gira no sólo su propia fortuna en relación con los intereses del saber y de la vida académica, sino en gran medida también la de sus amigos del extranjero y socios en la república del conocimiento.

Las fortunas de la guerra prometen dejar a los académicos norteamericanos en una posición estratégica, en la situación de una reserva básica, de una fuerza que ha de estar lista, equipada y organizada para enfrentar las emergencias que aparezcan, y de recuperar todo lo que se necesite para el equipamiento del saber y del personal que constituyen el código substancial de la civilización occidental. De este modo surge el interrogante de qué están dispuestos a hacer los americanos. Esta es su oportunidad, y al mismo tiempo conlleva las más serias responsabilidades que hayan recaído sobre esta nación—y para la fortuna espiritual de la cristiandad, están ligadas a la política que el contingente de sabios americanos sobrevivientes considere apropiado seguir. No es lo único que quedará cuando las fuerzas de la decadencia comiencen su retirada, ni habrán de ser, tal vez, el mejor y más valioso contingente entre los sobrevivientes en perspectiva; pero ocupan una posición estratégica—en lo cual y de manera desinteresada hay que concederles hoy su justo crédito más allá de todo lo demás— a la vez que poseen los recursos materiales sin los cuales la búsqueda del conocimiento alcanzaría muy poco dentro de las líneas de investigación moderna. Por fuerza de las circunstancias se han visto arrojados a la posición de guardianes de los medios y arbitrios a través de los cuales la república del conocimiento espera recuperar su fortuna. Por fuerza de las circunstancias están en posición, si así lo desean, de dar abrigo a muchos maestros de la investigación sin amarras que los miopes poderes de la

reacción y del partidismo en ultramar buscarán reprimir y deshacer; y también están en posición, si así lo desean, de crear algo parecido a una casa internacional de compensación y un cuartel general provisional para la comunidad académica de aquellos pueblos civilizados donde gozan de buena voluntad —un lugar de refugio, de reunión, de confluencia y diseminación de las ideas y visiones que viven y se mueven que constituyen la esencia del saber superior.

Por lo tanto, y de igual forma que en el esquema de trabajo de las instituciones civiles y económicas, en el reino del conocimiento existe un trabajo de reconstrucción del cual habrá que ocuparse. Y como en aquella labor de reconstrucción, lo mismo deberá hacerse aquí —y si se ha de llevar a cabo sin confusión y desatinos, debe ponerse en marcha antes de que se presente la emergencia final. Pero existe la diferencia de que mientras el marco de las instituciones civiles puede dibujarse, con aceptable éxito, dentro de los límites de cada país y restringirse a las fronteras nacionales, y mientras la organización económica puede también restringirse de igual forma y sin mayor pérdida, en respuesta a las miopes preconcepciones patrióticas, los intereses de la ciencia, y por lo tanto de la comunidad académica, no se rigen por fronteras nacionales y no pueden constreñirse a divisiones geográficas o políticas. Por naturaleza, estos intereses son de carácter internacional y no pueden ser atendidos salvo por la unión y colaboración irrestricta de los eruditos de todos los pueblos interesados. No debe olvidarse, sin embargo, el hecho de que el espíritu de patriotismo envidioso ha invadido también estas premisas, y promete malograr los resultados, lo que hace que el trabajo de reconstrucción sea aún más difícil y urgente. Desafortunadamente, es de presumir que el estado de los sentimientos de ambos bandos no admitirá una cordial comprensión y colaboración entre el contingente alemán y las demás naciones civilizadas, al menos por algún tiempo. Pero los otros están en un estado anímico que debiera prestarse generosamente a un grado de cooperación mayor en este sentido que en épocas anteriores.

De modo que no parecería fuera de lugar ofrecer, tentativamente y sujeta a corrección, una sugerencia para tal fin. El comienzo puede ser una empresa conjunta entre académicos y universidades americanas para la fundación de un establecimiento central libremente dotado, donde profesores y estudiantes de todas las nacionalidades, incluyendo los americanos, puedan proseguir sus trabajos como huéspedes de la comunidad académica americana en general o como huéspedes del pueblo americano en su carácter de democracia de la cultura. No deberá haber nada que restrinja la creación de más de una de estas casas académicas de refugio y entretenimiento, ni nada que limite la conducción de esta empresa bajo términos de amistad, imparcialidad y comunidad de intereses, como recurso y cosa natural para cualquier académico cuyas oportunidades puedan atraerlo. El mismo centro podría, al mismo tiempo y por el momento, atender los canales de comunicación del mundo académico que han caído en el descuido forzoso por las tensiones de la guerra. De la misma manera, debieran tomarse medidas, quizás bajo idénticos auspicios, para hacerse cargo, transitoriamente, de muchas de las actividades esenciales de edición y publicidad de las cuales dependen los hombres comprometidos con la investigación académica y científica, que también han entrado en una especie de decadencia a causa de la guerra.

Medidas que busquen un fin parecido podrían, a su vez, satisfacer un propósito no menos útil dentro de la comunidad académica americana. Como se sabe, hoy prevalece una amplia y perjudicial duplicidad competitiva en las universidades americanas en relación con las publicaciones y los cursos de instrucción. Esto es particularmente cierto respecto del trabajo avanzado de las universidades que tiene que ver con el saber superior. Al mismo

tiempo, estas universidades están escasas de fondos debido a la actual inflación de los precios. De modo que cualquier propuesta de esta naturaleza, ocasión que podrían aprovechar las universidades para fusionar sus intereses comunes, sería bienvenida como medida de alivio para una parte de las limitaciones económicas bajo las cuales están trabajando.

Pero la competencia está bien engranada en el panorama actual de las escuelas americanas. Por tanto, para llevar el tema a un campo neutral, donde este espíritu competitivo pueda ser evaluado con esperanza para encontrar una sana disminución, podría sugerirse que un núcleo viable para esta propuesta conjunta, se encuentra en una u otra — quizás en una y en otra— de las fundaciones extra-académicas para la investigación, de las que ya existen varias— como por ejemplo la Fundación Carnegie. Con el incremento de algunos poderes, o quizá más bien con la disminución de varias restricciones, y con los fondos adicionales que se requieran, tal institución podría asumir rápidamente el trabajo necesario y su organización. Los posteriores desarrollos y ramificaciones pueden dejarse a futuras consultorías y ulteriores reflexiones.

La empresa contemplada requeriría necesariamente cierto planeamiento y organización del trabajo y algunas ideas en el campo del personal administrativo y de oficina —el establecimiento de algo así como un organigrama—, pero no sería adecuado ofrecer aquí propuestas detalladas sobre este punto particular. Sin embargo, podría anticiparse la advertencia de que en este asunto pocas especificaciones son preferibles a muchos detalles, y que cuanto mayor sea la flexibilidad que se otorgue desde el comienzo, menos semillas habrá de una eventual derrota —como lo demuestran los abundantes indicios en sentido contrario.

También resulta evidente que tal empresa incluirá la provisión de ciertos gastos, presumiblemente un gasto generoso, lo que implica que habrá que recurrir a fondos públicos o a recursos que las autoridades podrían tomar de manos privadas que no estén atendiendo un propósito útil. Existen muchos recursos materiales en el país que legítimamente caerían bajo este rubro. Al mismo tiempo está bien a este respecto llamar la atención de que no existe la posibilidad de que el país se haya estado empobreciendo en algún grado durante el curso de la guerra; no hay lugar para abrigar temores en relación con una escasez de medios para llevar adelante el proyecto si los recursos disponibles se giran sin prejuicios. En la mente de cualquier estudioso desapasionado de la situación económica americana, no puede haber temor alguno de que el pueblo americano, colectivamente, quede en peores condiciones en relación con los medios disponibles al final de la guerra de lo que estaba al comienzo; en realidad ocurre todo lo contrario. Para cualquier observador de los hechos, resulta evidente que la experiencia de la guerra y las medidas que se han tomado y se tomarán, conducen a un incremento de la productividad y a la eliminación concomitante del derroche. La ganancia neta resultante en eficiencia productiva no ha ido lejos, y no existe peligro para temer de que irá demasiado lejos; pero, para bien o para mal, va tan lejos como para prometer una producción neta mayor de bienes útiles en el futuro próximo como en el pasado inmediato; y los bienes disponibles de cualquier pueblo son siempre una cuestión de producción neta anual, y no asunto de ninguna otra cosa. La forma como este producto neto sea y pueda ser compartido entre las clases y los individuos de la comunidad, es otro tema que no puede desarrollarse aquí.

Una cuestión de considerable importancia que crea mayores perplejidades, tiene que ver con la presunta actitud de varias universidades y de sus directivas ante cualquier medida que se proponga sobre este tema; dado que el alcance de la empresa es tan amplio que queda por fuera de su habitual campo de intereses. Cuando se pone de presente el habitual provincianismo de los consejos directivos de estas instituciones del saber superior, y las meticulosas maniobras de sus ejecutivos para incrementar su propio prestigio y el de su institución, no hay mucho espacio para medidas amplias y generosas que persigan el bien común. También debe observarse que estos ejecutivos y consejos directivos provienen, después de todo y por escogidos que puedan ser, del tronco común y corriente de la humanidad; ellos están sujetos a los mismos impulsos y flaquezas de cualquier otro ser humano, aunque sean seleccionados con miras al parroquialismo y a la intachable vacuidad. Ahora, lo ocurrido en el temperamento del común de las gentes bajo la tensión de la situación de guerra, debe ser ilustrativo para saber qué buscar en estos hombres en cuyas manos descansa el destino de la universidad americana. Al menos deberá existir una oportunidad de lucha para que, de forma más amplia, más viril, más substancial, ocupen su atención y den forma a su trabajo diario, a fin de que estas instituciones del saber puedan, bajo la presión del momento, orientar sus mejores esfuerzos hacia sus propósitos ostensibles, “el incremento y la difusión del conocimiento entre los hombres”, y renunciar a sus pequeñas intrigas y a su pomposa publicidad hasta el retorno de mejores días.

